

CAPITULO V

Rostopchine

I

HABÍA terminado apenas la batalla de Borodino, cuando partía hacia Moscou un general ruso acompañado de un ayudante. Franqueóseles al momento el paso por la puerta de Petersburgo y se dirigieron al palacio de la Slobode, residencia del gobernador.

Rostopchine se encontraba en su gabinete juntamente con varios generales y boyardos. Al ver el semblante de los recién llegados comprendió al punto el mensaje que traían y les hizo seña de callarse.

—Señores,—exclamó dirigiéndose á los que estaban con él,—permitidme por un momento que pueda quedar á solas con esos dignos enviados del valiente Kutusoff, que nos traen de seguro el anuncio de la feliz victoria. ¿No es verdad general?

—Así es, en efecto,—repuso el recién llegado.—La victoria ha sido completísima.

Retiráronse todos y quedaron solos el conde y los dos emisarios.

—Hablad,—murmuró Rostopchine.

—Todo está perdido. El ejército ruso viene en retirada hacia aquí, donde no tardará en llegar, perseguido por los vencedores.

Rostopchine escuchó la nueva impasible.

—¿Creéis que pueden tardar mucho?—repuso después de un momento de silencio.

—Tratábase aún de resistir en Mojaisk.

—Cerca están. Con todo, aun podemos disponer de tres ó cuatro días.

—Creo lo mismo.

—Conviene decir que la victoria ha sido nuestra, y espero que así lo haréis.

—Así lo diremos, general.

Rostopchine mandó llamar de nuevo á los que estaban con él.

—Señores,—exclamó;—la situación del imperio ha cambiado completamente de faz. Napoleón huye perseguido por los nuestros. Pronto entrarán en la ciudad 100,000 soldados rusos á descansar de sus fatigas, saliendo yo luego con ellos para completar el aniquilamiento que les ha causado el noble Kutusoff. Confianza, pues. En cuanto á vosotros, bravos mensajeros, id á descansar ahora.

Salieron el general y su ayudante y fueron conducidos á un lujoso aposento. Pocos momentos hacía que se encontraban allí, cuando entró Rostopchine.

—No conviene decir todavía la verdad,—exclamó dirigiéndose al enviado de Kutusoff.—Si Moscou apareciese deshabitado y fuera de su estado normal podría recelar el enemigo y echarse á perder mi plan. Una vez estén dentro, se darán los avisos oportunos; pero por ahora precisa que todo presente el aspecto acostumbrado.

La expresión de Rostopchine habíase tornado de impasible en aterradora. Era un hombre de elevada estatura, de aire distinguido y hermosa fisonomía, que reflejaba el tipo oriental. Nada indicaba en él al tártaro, sino al armenio ó circasiano. Al hablar con los dos enviados su voz había resonado con siniestra entonación, acompañada de indescriptible sonrisa.

Los dos hombres miraron al conde como si no comprendieran.

Rostopchine lanzó una carcajada y repuso con sarcástica entonación:

—Mister Andrews me está esperando, señores, lo cual me priva del gusto de estar más tiempo con vosotros. No ceséis de repetir que Napoleón huye á estas horas hacia Francia y que nuestros generales han tomado ya el desquite de Eylau y de Friedland.

II

Pasaron tres días, en los cuales todo eran fiestas y regocijos en Moscou, creídos sus habitantes en la verdad de la victoria. Por fin vino la realidad á disipar aquellas locas ilusiones. El ejército ruso se encontraba á las puertas de Moscou, conduciendo 30,000 heridos y seguido de inmenso número de campesinos que huían de las aldeas comprendidas entre Borodino y la capital.

La consternación de la ciudad fué inmensa. Todos corrían á la plaza de la Slobode para saber qué debían hacer en aquel trance. Rostopchine mandó se le presentaran comisiones de la nobleza, el comercio y el pueblo, y, reunidos en una gran sala, les habló así:

—¡Valerosos moscovitas! Nuestro enemigo se acerca, y es preciso oponerle todas nuestras fuerzas. El pérfido pretende derribar un trono cuyo resplandor ofusca el suyo. Hemos cedido el terreno, pero no hemos sido vencidos. Bien sabéis que nuestro imperio, á imitación del de nuestros antepasados, reside en las estepas y los campos. Nuestros ejércitos están casi intactos y reciben cada día considerables refuerzos, al paso que los suyos, al contrario, vienen abatidos y aniquilados. El insensato pensaba que su águila victoriosa, después de andar errante desde las orillas del Tajo hasta las del Volga, podría despedazar á la que, criada en el seno del Kremlin, ha alzado su rápido vuelo y, cerniéndose sobre nuestras cabezas, extiende una de sus alas hasta el polo y la

otra más allá del Bósforo. Demostremos perseverancia, y me atrevo á aseguraros que la patria saldrá de sus ruinas más grande y majestuosa que nunca; pero, amigos míos, para llevar á cabo tan grandes proyectos es preciso renunciar á lo más amado y hacer grandes sacrificios. Mostrad, cuando llegue la ocasión, que sois los dignos émulos de los Pajaskhis, de los Palitzires y tantos otros, que en tiempos más calamitosos aún que los actuales establecieron, á fuerza de valor, la creencia de que el Kremlin era sagrado. Mantened esa piadosa tradición, y para defenderla arme cada uno su brazo contra el cruel enemigo que quiere destruir nuestro imperio y derribar nuestros altares. Para alcanzar la victoria todo se debe sacrificar, pues sin ella perderéis vuestros bienes, vuestra honra y vuestra independencia. Pero si por uno de aquellos efectos de la ira celestial, que no le es dable al humano penetrar, permite Dios que el crimen triunfe por un instante, acordaos que vuestro deber más sagrado, que vuestra obligación más perentoria es huir á los desiertos y abandonar una tierra que deja de ser vuestra patria desde el momento que pisan su suelo los opresores que vienen á invadirla. Recordad el heroísmo de los habitantes de Zaragoza, los cuales, teniendo siempre ante los ojos el indomable valor de sus abuelos, á quienes no pudieron jamás sojuzgar los ejércitos romanos, han preferido perecer entre las ruinas de su ciudad á doblar la cerviz al tiránico yugo de los mismos que vienen hoy á amenazarnos con sus horrores. Mostrad, pues, á la faz del mundo que el heroico ejemplo de España no ha sido perdido para Rusia (1).

III

Rostopchine había pronunciado el anterior discurso embargado por la más profunda emoción. Todos los congregados se sintieron inflamados de ardiente entusiasmo al oír aquellas patrióticas palabras y pidieron se votase en seguida la proposición de incendiar á Moscou. El acto fué solemne. Sólo hubo siete votos en contra.

Al momento que se comunicó esta resolución al

(1) Por lo que tiene de lisonjera para nuestra patria hemos transcrito literalmente la magnífica arenga de Rostopchine, tomada de la obra del conde de Segur, uno de los más brillantes generales que formaban parte del ejército invasor.

pueblo, esparcióse éste por las calles, gritando que era preferible morir á vivir sin patria, sin religión y á merced de los invasores. El nombre de *Zaragoza* corría de boca en boca. Unos corrían al arsenal en busca de armas, y otros se retiraban á sus casas para ver si podían librar á sus familias de la catástrofe que se iba aproximando.

IV

El ejército derrotado en Borodino entraba en la ciudad, ofreciendo un lastimosísimo espectáculo. Era el día 14 de septiembre de 1812.

A las once de la mañana oyóse un vivo fuego en las cercanías: la vanguardia francesa estaba á las puertas de Moscou y algunas bandas de cosacos hacían resistencia. Dispersados, empero, por la caballería francesa, entraban en la capital y corrían al Kremlin.

El ejército de Kutusoff no hizo más que atravesar la ciudad, dejando allí los heridos, y siguiendo luego en dirección á la línea del Volga.

Rostopchine contemplaba el silencioso desfile desde uno de los balcones del palacio, cuando de pronto pareció sorprendido al ver pasar á Miranda y Revedo, que iban con el general Milarodowitch.

Llamó á un oficial y dióle orden de que fuera á avisar á los dos españoles que se le presentaran.

A los pocos minutos estaban ambos en presencia del gobernador.

Rostopchine les conocía muy bien por haberlos visto en el castillo de Teglew.

—Señor comandante,—le dijo en correcto francés,—me prestaréis un señalado favor quedándoos á mi lado, juntamente con vuestro compatriota.

—Estamos á vuestras órdenes, señor conde,—contestó Miranda.

—Gracias. Ya recibiréis mis instrucciones.

A las doce de la mañana hacía su entrada Napoleón en la capital moscovita.

V

Impotente sería nuestra pluma para describir las escenas que se sucedieron, por lo cual creemos que el lector no nos dirigirá ningún cargo si trascribi-

mos las páginas en que da cuenta de ello el conde de Segur, testigo presencial de todo y escritor de primer orden. Hé aqui lo que dice:

«Moscou, edificada por el estilo asiático, tiene cuatro recintos, unos dentro de otros. El primer recinto está formado por unas torres altas y un muro almenado que se ven salir del medio de la ciudad y se llama el *Kremlin*. Esta fortaleza es célebre en los anales rusos, y, según la tradición que sobre ella existe, no había sido tomada jamás hasta que se apoderó de ella Napoleón. Su plan fué trazado por unos arquitectos italianos en el siglo xiv, y su figura es triangular. Dividióse su interior en dos partes. La primera, llamada *Krepots*, ó ciudadela, no contiene más que los edificios reales é iglesias, cada una de las cuales está coronada de cinco cúpulas. Distingúense á gran distancia, ya por su elevación, ya también por el dorado de sus cúpulas y torres y lo caprichoso de su arquitectura. En el segundo recinto se encuentran hermosas casas, calles en que hay tiendas de mucho comercio, y la plaza que llaman *Kitaye-Gorod*, ó ciudad chinesca de los tártaros, que la fundaron.

»Forma la tercera circunferencia en torno del *Kitaye-Gorod*, el *Beloye-Gorod*, ó ciudad blanca. Contiene bellas casas de piedra; pero, sin embargo, le sobrepuja en magnificencia el *Zemlenoye-Gorod*, que es donde existen los mejores edificios. La circunferencia de la ciudad, incluso los arrabales, tendrá unas 30 verstas. La población que en ella se encierra asciende en invierno á trescientos mil habitantes; pero al llegar la buena estación disminuye por lo menos en una tercera parte, porque todos los pudientes tienen tierra y quintas fuera de la ciudad y se van á vivir á ellas.

»Al acercarse á la ciudad el 4.º cuerpo, observaron con sorpresa los soldados que no tenía murallas y que un parapeto de tierra era la única obra que formaba su primer recinto. Hasta entonces nada veían que indicase estar habitada la ciudad, antes por el contrario, era tal la soledad de aquella parte por donde iban llegando, que no sólo no se dejaba ver un moscovita, mas ni siquiera un soldado francés. Era tanta la tristeza que se respiraba en aquel sitio, donde no se oía ni una voz ni el menor ruido, que se apresuraron á alejarse pronto de allí. Sólo el ansia guiaba sus pasos, y ésta creció al ver elevarse desde el centro de la ciudad una espesa columna

de humo que formaba negras ondulaciones á impulsos del viento.

VI

»Por de pronto se figuraron que sería de algunos almacenes que los rusos, según costumbre, habrían quemado al retirarse; pero no dejó de cruzar por su mente la idea de lo que podrían haber proyectado los rusos, por lo cual aumentaba su impaciencia y zozobra.

»Entró el virrey en Moscou y eligió para su alojamiento el palacio Momonoff, propiedad del príncipe de este nombre, en la calle de San Petersburgo, que es una de las más bellas de la capital, por los magníficos palacios que la hermosean, los cuales, á pesar de ser casi todos de madera, ostentan un lujo y magnificencia imponderables. Este mismo cuartel se designó para que en él se alojase el 4.º cuerpo. Los oficiales de éste pudieron, pues, elegir cada uno para sí el palacio que más le acomodaba, puesto que todos los magistrados habían abandonado á Moscou, y, en su precipitación por huir, habían dejado amueblados y arreglados los que ellos habitaban; de manera que hubo oficial subalterno que tenía á su disposición vastos aposentos lujosamente adornados y podía llamarse dueño de todo, puesto que nadie se le presentaba, á excepción de un portero sumiso que con mano trémula le entregaba todas las llaves de la casa, poniendo el colmo á su admiración.

»Era tan vasta la ciudad, y tan despoblada estaba, que, sin embargo de ocupar á Moscou desde el día anterior, las tropas del cuarto cuerpo no habían visto en el cuartel donde iban á alojarse ni moradores ni soldados.

»En todas partes reinaba el más profundo silencio, que conmovía los corazones más intrépidos, oyéndose tan sólo el monótono y acompasado ruido de los pasos. Las calles eran sumamente largas, en términos que de un extremo á otro no podían reconocerse los soldados de caballería; y algunos, ignorando si los del otro cabo eran amigos ó enemigos, se iban retirando poco á poco, y hasta los hubo que, sobrecojidos de terror, huyeron al ver aparecer soldados aunque eran de unas mismas banderas: tanto era lo que habían influido en los ánimos las extraordinarias circunstancias en que se hallaba la capital.

»Conforme se iba tomando posesión de otro cuar-

tel, se enviaban delante exploradores para reconocerlo y registrar las casas é iglesias; pero en las primeras no se encontraban más que niños y ancianos, ú oficiales rusos que no habían podido seguir la marcha del ejército por haber quedado estropeados en las batallas de los días anteriores, y en las segundas estaban adornados los altares como en las grandes solemnidades, y mil hachas encendidas en honor del santo protector de la patria argüían que los piadosos moscovitas no habían cesado de implorar su protección hasta el momento de emprender la fuga.

»En medio de tan horrorosa soledad ya no se atrevían á andar los franceses sino con paso tímido y vacilante. A lo mejor se paraban para mirar hacia atrás y se detenían á escuchar, porque, asombrados de la manera con que les habían recibido, se figuraban ver en todas partes asechanzas ó lazos que el enemigo les habría tendido, y el menor ruido les alarmaba, haciéndoles pensar en el estruendo de las armas y los alaridos de los combatientes. Imposible parecía, en fin, que les impusiese tanto la inmensa conquista que acababan de hacer.

VII

»Cuando empezaron á ver algunos habitantes fué al llegar al centro de la ciudad, especialmente en las inmediaciones del bazar. Vieron, al llegar á esta plaza, algunos desdichados que andaban alrededor del Kremlin. Confiados en una antigua tradición, lo tenían por inexpugnable, por lo cual el día anterior habían opuesto alguna resistencia á la vanguardia de los franceses, mandada por el rey de Nápoles; pero pronto reconocieron, á su pesar, que nada podía resistir á aquellos valientes. Llenos de consternación al verse vencidos, contemplaban con tristeza aquellas altas torres en que habían fundado su última esperanza y que hasta entonces habían considerado como el paladión de la ciudad.

»Pasando adelante, vieron un gran número de soldados que vendían públicamente muchos objetos que habían robado; porque la guardia imperial no más había puesto centinelas en los principales almacenes de comestibles. Más adelante crecía el número de estos soldados, que iban sueltos, vendiendo piezas de paño, panes de azúcar y fardos enteros de mercancías. No sabían los que acababan de llegar á

qué atribuir aquel desorden, hasta que unos fusileros de la guardia les noticiaron que el humo que habían visto al entrar en la ciudad salía de un grandioso é inmenso edificio lleno de mercancías, llamado la *Bolsa*, al cual habían pegado fuego los rusos antes de retirarse. Dijeron también que el día antes, cuando entraron en Moscou, no observaron el menor asomo de incendio, y que aquel día, por la mañana, al declararse el fuego, habían corrido todos para apagarlo; pero luego les dijeron que el gobernador de la ciudad había mandado que se llevasen todas las bombas é instrumentos á propósito para la extinción de incendios, á fin de perjudicar así á su disciplina y arruinar al cuerpo del comercio, que había resistido con todas sus fuerzas al proyecto de abandonar á Moscou.

»Cuanto más se adelantaba hacia el lugar de la catástrofe, veíanse por las calles cada vez más soldados y mendigos que llevaban todo género de efectos, y muchas veces, viendo algunos que excitaban su codicia, arrojaban los más despreciables y se apoderaban con ansia de los de más valor; y, así, por las calles se veían esparcidas muchas mercancías y géneros de toda clase. La Bolsa no era ya aquel edificio celebrado por su magnificencia: presa de las llamas, parecíase más bien á un horno espacioso, del cual se desprendían por todas partes vigas y maderos ardiendo. No se podía pasar ya más que por los pórticos, en que había también muchos almacenes, y allí era donde los soldados, violentando las cajas, cogían un botín que excedía con mucho á sus esperanzas. En esta desagradable escena, iluminada por el rojizo resplandor de las llamas, ni se oían gritos ni había tumulto, puesto que todos encontraban con qué satisfacer su codicia: no se percibía otro rumor que el crujido de la tablazón que ardía, el estrépito de las puertas que venían abajo á los redoblados golpes de los soldados, y de repente el espantoso estruendo que hacía alguna bóveda al desplomarse.

»Allí se veían arder con violencia las cotonías, las muselinas y cuanto de más precioso fabrica la Europa y el Asia. En los sótanos habían metido los géneros coloniales y todas las materias inflamables, como alcohol, aceites, resina y vitriolo, las cuales, ardiendo juntas en aquellos subterráneos, arrojaban torbellinos de llamas por entre las rejas de hierro. Espectáculo horrible, que parecía imposible hubiesen podido llevar á cabo los mismos que pretendían salvar á

aquella nación, convirtiéndola en un vasto montón de ruinas.

»Entonces se observó que pululaban por las calles multitud de prostitutas, presidiarios y la hez de la sociedad, aumentando el horror del triste acontecimiento que tenía efecto y promoviendo toda clase de desórdenes. Como se ve, pues, el enemigo empezaba á poner en ejecución sus abominables proyectos: el primer edificio que entregó á las llamas podía suministrar recursos de toda clase al ejército francés durante todo el invierno por los inmensos acopios que en él se habían hecho.

»Esperaban éstos que el incendio no causaría más pérdida que la Bolsa, pues los zapadores y soldados habían trabajado mucho á fin de aislarla de los demás edificios para que no comunicase el fuego; pero al otro día, al amanecer, quedaron atónitos al ver que la ciudad ardía por sus cuatro puntos y que el viento, que soplaba con violencia, esparcía á todos lados torrentes de fuego.

VIII

»No cabe en la imaginación la horrible escena que tuvo lugar entonces. Parte de la población de Moscou que no había huído intimidada con la introducción de los franceses, se había ocultado en el interior de las casas; pero el fuego que cundía por todas partes los hacía salir de sus asilos. Todos estos infelices salían de sus casas llevándose sus alhajas más preciosas, sin proferir la más mínima queja, porque el miedo en mudecía su dolor. Las almas sensibles, en las que dominaba sólo el sentimiento de la naturaleza, llevaban en brazos á sus tiernos hijos, siguiéndoles otros más crecidos, quienes por no perderse aceleraban el paso yendo en pos de sus padres. Los ancianos, abrumados más por el dolor que por los años, apenas podían seguir á sus familias, y muchos de ellos, llorando la suerte de su patria, se dejaban morir junto á la casa que los viera nacer. Las calles, las plazas, y sobre todo las iglesias, estaban llenas de estos infelices, quienes, tendidos sobre los harapos que les quedaban, gemían, sin dar la más leve señal de desesperación. No se veía la menor riña entre el vencedor y el vencido, porque ambos estaban embrutecidos igualmente, el uno por exceso de felicidad, el otro por exceso de infortunio.

»El incendio continuaba haciendo estragos, y bien pronto cundió por los barrios más hermosos de la ciudad. Todos aquellos palacios, que poco había eran admirados por la elegancia de la arquitectura y el buen gusto de sus muebles, quedaron envueltos en aquel mar de fuego. Las soberbias fachadas, embellecidas con bajos relieves, faltándoles sus apoyos, caían con estruendo sobre los trozos de sus columnas. Las iglesias, aunque cubiertas de hierro y plomo, se desplomaban también, y con ellas las cúpulas suntuosas que el día anterior resplandecían con el oro y la plata y habían sido admiración de todo el ejército. Incendiaron también en breve los hospitales, en los que había más de 12,000 enfermos, viéndose á los pocos que quedaron con vida arrastrarse á duras penas por el suelo, medio quemados. Otros lanzaban gemidos que enternecían los corazones más empedernidos, abrumados por montones de cadáveres que les impedían ver la luz.

»No es posible describir la confusión y el tumulto que hubo luego que se toleró el pillaje en aquella dilatada ciudad. Un gran número de presidiarios y mujeres perdidas corrían por las calles, entraban en los palacios abandonados, y allí cogían todo lo que excitaba su codicia. Lo demás lo rompían, para que, si iba otro tras ellos, no se aprovechase de lo que dejaban. Unos se cubrían de telas de seda y oro; otros se echaban á las espaldas mantos de pieles las más estimadas, sin elección ni discernimiento; muchos se vestían los ropones de la mujeres y de los niños, y hasta los presidiarios cubrieron sus andrajos poniéndose encima trajes de gala. Los demás iban en tropel á las bodegas, violentaban las puertas, embriagábanse con los vinos más exquisitos, y se llevaban el inmenso botín que cogían en todas partes.

»Aquel horroroso saqueo no se redujo á las casas abandonadas, porque la codicia del populacho lo extendió á las demás, y era tanto lo que se desmandaban que sólo los que tenían en su casa oficiales ó soldados pudieron librarse de la desgracia común; pero fué en vano también, porque el fuego fué propagándose cada vez más y disipó toda esperanza. Entonces Napoleón, no creyéndose seguro en una ciudad cuya ruina parecía inevitable, dió orden para evacuarla, y él mismo salió del Kremlin al anochecer con su comitiva, trasladándose al castillo de Peterskoe.

IX

»Los generales, al recibir aquella orden, hicieron cuanto estaba en su mano para reunir á los soldados y precisarles á abandonar la ciudad; pero éstos se habían entregado con nuevo ardor al pillaje, y, sin que les contuviese la presencia de sus jefes, cometieron todos los excesos imaginables. No quedó morada segura ni lugar santo que les inspirase respeto ó escapase á sus pesquisas.

»Lo que más debía excitar su codicia era la iglesia de San Miguel, donde había el panteón de los emperadores rusos. Habíaseles dicho que en ella había inmensas riquezas, por lo cual se fueron allá unos granaderos, y bajaron con hachones encendidos á aquellos vastos subterráneos á turbar la paz de los sepulcros. Mas, en vez de tesoros, hallaron tan sólo sepulcros de piedra, cubiertos de terciopelo encarnado, y unas delgadísimas láminas de plata en que estaban escritos el nombre del emperador, el día de su nacimiento y el de su muerte. Descontentos entonces de ver frustradas sus esperanzas, abrieron los sepulcros y arrebataron lo poco que en ellos había.

»A todos los excesos de la codicia se juntaron los de la depravación: nada era respetado, ni la nobleza de la sangre; ni el candor de la edad, ni las lágrimas de la hermosura. El populacho había dado ejemplo empezando por violar los asilos más sagrados, y la insolente soldadesca le imitó, y aun hizo más que él. Consternados los habitantes, deseaban que la noche cubriese con sus sombras tan horroroso cuadro; pero, lejos de eso, hicieron aparecer más terrible el incendio, resaltando más la violencia de las llamaradas, que se agitaban en todas direcciones, semejantes á una inmensa serpiente de fuego, y no hizo más que poner el colmo al terror de los pocos moradores que estaban allí todavía, pues el silencio de la noche era interrumpido tan sólo por los gritos de los infelices que eran degollados ó por el llanto de las vírgenes que, refugiándose en el seno palpitante de sus madres, servían tan sólo sus esfuerzos para inflamar más y más la rabia de sus despiadados verdugos.

»Á esto hay que añadir los ladridos de los perros, que no podían huir del fuego que les rodeaba por estar atados con cadenas á las puertas de los pala-

cios, y se conocerá si tenían razón los habitantes en temerlo todo de aquellas furias que nada perdonaban. Muchos oficiales franceses salvaron, no obstante, á un gran número de estos desgraciados, pues los hallaban en los subterráneos y los ponían bajo su salvaguardia. Aquellos infelices, al salir de los sótanos en que podían haber sido sepultados, contemplaban con sangre fría la pérdida de todas sus riquezas y sólo se admiraban de que se les concediese aún la vida. Ni tampoco daban muestra alguna de reconocimiento, aunque veían claramente que no se les quería hacer daño alguno, semejantes á aquellos que, conducidos al suplicio, quedan estupefactos al concedérseles el perdón, pues las angustias de la muerte les hacen insensibles al don de la vida.

X

»Por la noche, ya el fuego se había extendido por toda la ciudad y Moscou no presentaba á la vista más que una inmensa hoguera. No se distinguían los pajaros en que había habido casas sino por algunos pilares de piedra, calcinosos y negros. Por todas partes caían las enormes planchas de hierro de que estaban cubiertos los palacios. Hacia cualquier punto que se volviese la vista, no se veían más que desolación y ruina. Al través de un humo muy denso se veía una larga fila de carruajes, cargados todos de botín. Los frecuentes obstáculos que encontraban por el suelo les hacían pararse á cada momento. Los conductores, temiendo quemarse, daban gritos espantosos para que los caballos pasasen adelante.

»Por todas partes corrían soldados, quienes al irse derribaban las puertas, temiendo dejar algo sin registrar; y si entonces encontraban algún objeto que les pareciese de más valor que lo que llevaban, tiraban esto para cargar con lo otro. Muchos de ellos, á más de lo que habían llenado en sus carros, traían al hombro el resto de lo que habían cogido; y como el fuego les cerraba el paso en algunas calles, tenían que volver atrás y andar de una parte á otra por una ciudad inmensa que no conocían, buscando el paso libre para salir de aquel laberinto de fuego. Muchos, en vez de acercarse á las puertas por donde debían salir, se alejaban cada vez más, pereciendo no poco víctimas de su codicia.

»Los soldados, impelidos del ardor del pillaje y sin hacer caso del extremo peligro á que se exponían,

penetraban en las casas incendiadas, andaban por lagos de sangre, y, cayendo y levantándose á cada paso, salían otra vez, chamuscados por las llamas y tiznados por el humo, hasta que, por fin, no pudiendo soportar por más tiempo aquella atmósfera sofocante, salieron todos al campo.

»El 4.º cuerpo había también recibido la orden de salir de Moscou, y en virtud de ella se dirigió á Peterskoe, en cuyas cercanías estaban acampadas las divisiones que no habían entrado en la ciudad. Vióse entonces á algunos moradores que llevaban en unos malos carros los objetos que habían podido salvar de la rapacidad de la soldadeca; y como hasta sus caballos les habían quitado, tiraban de los carros los hombres y mujeres, algunos de los cuales llevaban además sobre sus hombros á un padre paralítico ó una madre enferma, yendo seguidos de los niños casi desnudos, y formando un cuadro tierno y terrible que conmovía los corazones más empedernidos y destrozaba las almas sensibles que presenciaban aquel espectáculo. Hasta los niños manifestaban el sentimiento de horror que les inspiraban los soldados, pues al acercárseles alguno de éstos corrían á refugiarse en los brazos de sus madres, viéndose retratada en sus semblantes la tristeza, tan poco natural en su edad. Por lo demás, sin asilo ni socorro, vagando por los campos ó refugiándose en los montes, ¿dónde habían de encontrar estos infelices un albergue que no les recordase sin cesar el objeto de su terror? Donde quiera se encontraban con los vencedores de Moscou, quienes ponían el colmo á su exasperación maltratándoles y vendiendo en su presencia los objetos que habían sacado de sus propias casas al entregar la ciudad al pillaje.

»La ruina de Moscou era, ciertamente, una pérdida irreparable para la Rusia; pero todavía era más sensible para los franceses al ver que daba á sus enemigos la seguridad de lograr el fruto que se habían propuesto sacar del rigor del clima.

XI

»El motivo que impulsó á Rostopchine á incendiar Moscou fué creer que este heroico ejemplo era el único medio para salvar la patria, hacer revivir la energía de la nobleza é introducir en sus naturales aquel odio violento que la sublevó y que tanto contribuyó á hacer de los franceses el objeto de su ex-

eración. A más de que, estando abastecida esta ciudad por ocho meses, si la ocupaba el ejército francés podía esperar dentro sus muros á que principiara el buen tiempo y entrar en campaña juntamente con las reservas que estaban acampadas en Smolensko y cerca del Niemen, al paso que le era sumamente forzoso emprender su retirada en la estación más rigida con el incendio completo de la ciudad. Las esperanzas fundadas en este cálculo parecían seguras, si se atiende á que este ejército formidable, á pesar de haberse puesto en camino en la mejor estación, había perdido ya el tercio de la gente por la celeridad de su marcha. Tampoco era posible que este ejército pudiese tomar posesión en ninguna parte, porque la indisciplina había convertido en áridos desiertos todas sus conquistas, y la poca previsión de Bonaparte no había pensado en los medios de facilitar su vuelta. Por último, y para acabar de describir los apuros de este ejército en medio de su aparente victoria, bastará con decir que el ejército entero estaba desanimado y sin ganas de marchar. La caballería estaba próxima á su ruina, y el inmenso tren de artillería no podía ser arrastrado á causa de la debilidad que producían en los caballos los malos alimentos. Mas, aunque aquel brillante ejército fué víctima desgraciada del incendio de Moscou, no por eso dejó de admirar en sus habitantes aquella resolución heroica que, á igual de los españoles, les ha elevado á aquel grado de gloria que caracteriza la grandeza de una nación.

XII

»Retiráronse las tropas rusas al camino de Wladimir el día que el ejército francés hizo su entrada en Moscou, y, como si quisiesen demostrar que deseaban por última vez dar una mirada á aquella ciudad que ellos habían destruído, pasaron cerca de los muros de Moscou, seguidas de toda la población fugitiva, dos días después que los franceses se habían establecido en lo que quedaba de ella y cuando todavía el resplandor de las llamas les alumbraba en la oscuridad de la noche y el mismo viento, que soplabá con violencia, llevaba hasta sus filas los despojos de su patria, reducida á escombros. A pesar de tan horroroso espectáculo, guardó un profundo silencio aquella numerosa tropa y prosiguió su marcha con un orden admirable. Tal re-

signación á la vista de tan funesta catástrofe daba á esta marcha un aspecto sumamente grande y majestuoso. La mayor parte del ejército francés, siguiendo la corriente del Moskowa, pasó á Kolonna y se estableció en la orilla del río.

»Durante los días 17, 18, 19 y 20 de septiembre, en que el ejército francés estuvo en Peterskoe, no cesó de arder Moscou; y, aun cuando caía la lluvia á torrentes, no fué posible dar abrigo á las tropas ni al ganado, en atención que era muchísima la gente que estaba reunida y muy pocos los edificios en donde poder albergarse; de manera que hombres, soldados, caballos y equipajes, todos estaban al raso y á la inclemencia del tiempo.

»Los estados mayores estaban colocados alrededor de las casas donde estaban sus generales, en jardines á la inglesa. Se alojaban en las grutas, en los pabellones chinescos ó en las enramadas, teniendo sus caballos atados á las acacias y á los tilos y en medio de las flores y el verdor de los cuadros. Todo esto hacía que el campo tomase un aspecto muy pintoresco, contribuyendo muy poderosamente á ello la vista de algunos soldados que, para guarecerse de la intemperie, llevaban un traje enteramente nuevo, que se usaba antiguamente en Moscou y que presentaba una gran variedad en el bazar de esta ciudad. Así, se veían pasear por el campamento los soldados vestidos de tártaros, de cosacos y de chinos, llevando unos gorras polacas, otros persas, y otros, finalmente, de barkires, de calmuco y de otros diversos países, formando su conjunto una verdadera imagen del Carnaval, dando lugar á que se dijese después que la retirada había empezado con máscara y acabado con entierro.

»Mas la abundancia que disfrutaba el ejército le hacía olvidar sus penosas fatigas. Cayéndoles el agua á torrentes, y con los pies en el lodo, no se advertían de ello mientras pudiesen comer bien y hacer sus granjerías con el botín que sacaban de la ciudad, no obstante la prohibición absoluta que tenían de acercarse á ella, faltando de este modo, por el cebo de la ganancia y el deseo de la rapiña, á las órdenes y á la disciplina. Con el pretexto de salir á merodear, se iban al Kremlin y á sus inmediaciones, y, revolviendo las ruinas y las cenizas, sacaban toda especie de objetos y mercaderías de muchos almacenes que el fuego había conservado ilesos. Hé aquí por qué este extenso campamento,

lejos de asemejarse á un ejército, se parecía más bien á una feria, donde cada soldado, transformado en mercader, procuraba vender á un precio sumamente bajo los objetos más preciosos; de suerte que no era raro ver aquellos miserables soldados, expuestos á la intemperie, comer en platos de porcelana, beber en vasos de plata y pasear todo lo más rico y elegante que ha podido inventar el lujo para las comodidades de la vida.

XIII

»Al ver Napoleón que la mansión de Peterskoe y sus jardines era tan insalubre como incómoda, resolvió volverse al Kremlin, que todavía se conservaba intacto, y con este motivo entraron de nuevo en la ciudad la guardia y los estados mayores en 20 y 21 de septiembre. Del reconocimiento practicado por los ingenieros geógrafos resultó que la décima parte de las casas habían quedado ilesas, las cuales, repartidas por cuarteles, sirvieron de asilo á los cuerpos del grande ejército. Esta vez no se tropezó con el inconveniente de andar eligiendo los alojamientos.

»Al entrar en la ciudad se sentía uno oprimido el corazón al contemplar aquellas tristes ruinas, poco antes convertidas en hermosas casas y anchurosas calles. Todo se había desplomado, todo había cambiado de forma, y los escombros aun humeantes exhalaban unos vapores que, formando nubes en la atmósfera, llegaban á oscurecer al sol, dando á su disco un color rojizo y sangriento. Apenas se distinguía el lugar que ocupaban las calles, y los palacios de piedra eran los únicos que conservaban algún resto de lo que habían sido: aislados sobre montones de carbón y cenizas, y oscurecidos con el humo, parecían despojos de la antigüedad las tristes ruinas de una ciudad nueva. Cada uno buscaba dónde poder alojarse; pero era muy difícil encontrar casas contiguas. De manera que era menester ocupar un terreno dilatado para dar alojamiento á una simple compañía.

»Las iglesias no sufrieron tanto en atención al poco combustible que entra en su construcción; pero se les reservó una suerte todavía más desgraciada: la mayor parte de ellas fueron transformadas en cuarteles y caballerizas, y aquellas elevadas bóvedas, donde poco antes resonaban los himnos sagra-

dos y armoniosos, no oyeron otra cosa que el relincho de los caballos y las insolentes blasfemias de los soldados.

XIV

»Si bien la población de Moscou había desaparecido completamente, todavía pululaban entre los escombros y ceniza muchos de aquellos seres desgraciados á quienes la miseria fuerza á mirar con indiferencia todos los acontecimientos. Andaban por las calles con los soldados, prestándoles sus servicios, y se contaban por felices con sólo poder recoger los géneros que aquéllos desechaban. Abundaban en gran manera las mujeres públicas, y estas miserables criaturas fueron tal vez las únicas que sacaron algún fruto del saqueo de la ciudad. Otras hubo más dignas de compasión; mas el corazón se resiste á describir los excesos de la inmoralidad, así como también la fuerza del hambre y de la miseria de que fué víctima aquella ciudad.

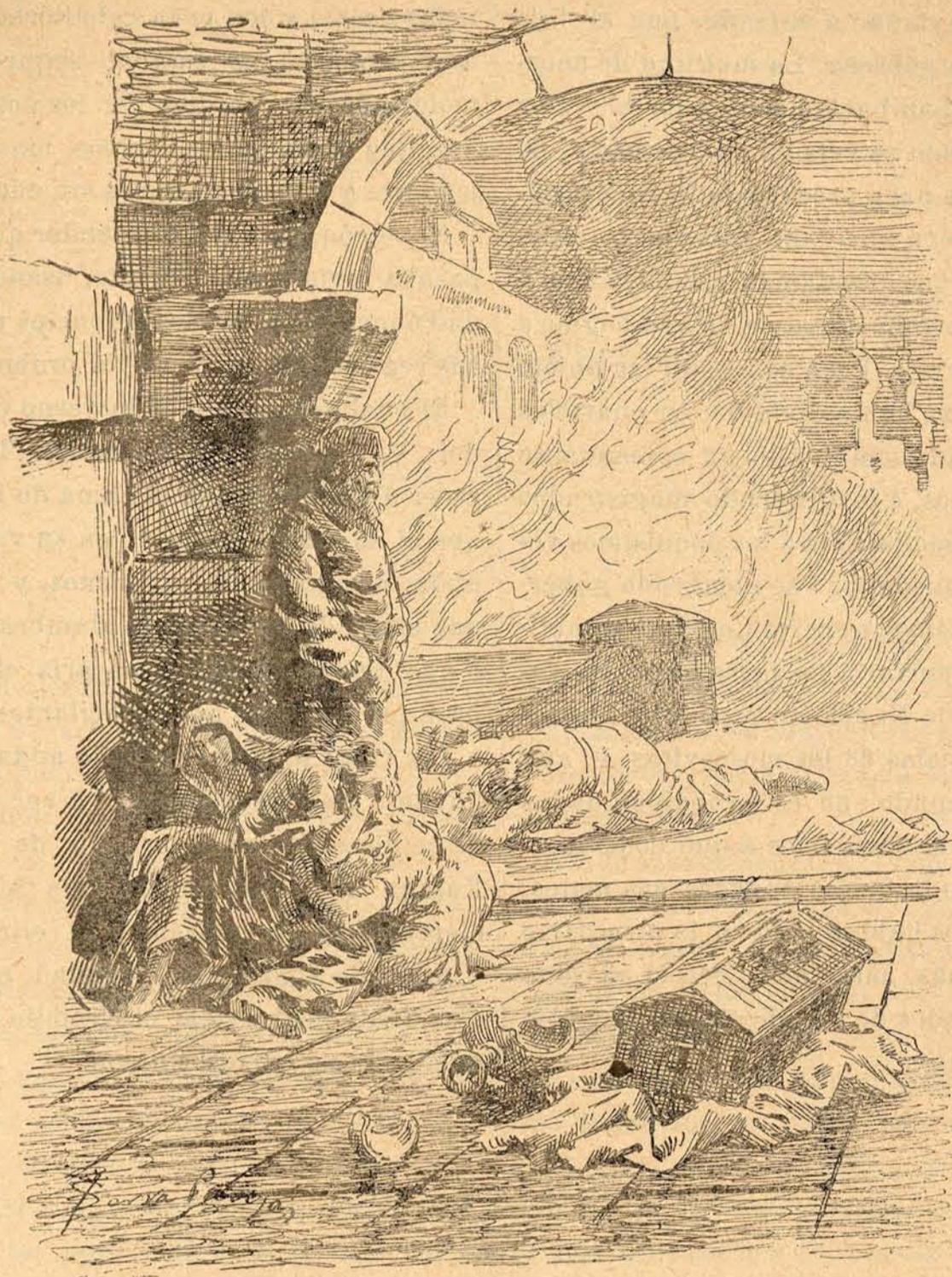
»Abrigaba también la ciudad de Moscou una clase de hombres, los más despreciables de todos, dado que rescataron sus crímenes con otros mucho mayores: tales eran los forzados. Mientras duró el incendio de la ciudad se señalaron aquellos bárbaros por la audacia con que ejecutaban las órdenes que habían recibido: provistos de candelillas fosfóricas, renovaban el incendio en los puntos que se había extinguido, y se metían furtivamente en las casas habitadas para entregarlas á las llamas. Muchos de ellos fueron cogidos con las teas en las manos, y su prematuro suplicio no pudo servir de escarmiento.

»El pueblo, que detesta al vencedor, miró estos suplicios como una medida política, y, en efecto, estas víctimas, por demasiado oscuras, no podían expiar el delito. La causa se seguía sin aparato, y, por lo mismo, no ponía en claro un hecho como aquel ni podía justificar á los franceses de un modo patente á los ojos del mundo.

»Muchos de los moscovitas que se habían escondido en los montes vecinos, creyendo que no había peligro, volvieron á la ciudad cuando vieron que el fuego se había extinguido. Unos buscaban sus moradas y no las encontraban, otros iban á refugiarse en el santuario de su Dios, y al verlo ocupado por caballos retrocedían horrorizados. Los paseos causaban horror, viendo los árboles medio quemados

y colgados de ellos muchos de los incendiarios. Entre tales horrores, andaban los desgraciados que habían quedado sin morada recogiendo algunos materiales con que formar una miserable barraca en los sitios más recónditos de la ciudad. Por carecer

de alimentos se veían reducidos á cavar la tierra y extraer de ella las raíces de las legumbres que los soldados habían cogido, ó bien, revolviendo los escombros, escarbaban entre las cenizas para procurarse los alimentos que el fuego no había consumi-



El incendio de Moscou

do enteramente. Pálidos, flacos, casi desnudos y con paso macilento, mostraban claramente lo mucho que padecían. Por último, no faltaron algunos que, acordándose de que se habían echado á pique barcas cargadas de granos, se esforzaron en sacarlos del río para sustentarse con aquel alimento fermentado y hediondo.

XV

»Removiendo los escombros de Moscou se encon-

traban sin gran dificultad almacenes de azúcar, de vino y aguardiente; mas estos hallazgos, tan preciosos en otros tiempos, eran de poca utilidad para un ejército que había consumido todas las hortalizas de las cercanías é iba acabando por momentos las provisiones de pan y carne. La falta de forrajes perjudicaba en gran manera la caballería, y para obtenerlos era preciso entrar cada día en reñidos combates, nada ventajosos á los franceses, porque

la pérdida más insignificante era sumamente sensible estando á tanta distancia de la patria.

»Una abundancia aparente cubría la miseria real: carecían de pan y de carne y sus mesas estaban provistas de dulces exquisitos, café, te y de vinos generosos, y los platos de porcelana y vasos de cristal de que se servían daban á entender que el lujo se hermanaba con la pobreza. La multitud de necesidades que le rodeaban hacían casi nulo el valor del dinero, y el soldado se veía en la necesidad de acudir á los trueques para procurarse lo necesario.

»Entretanto Napoleón abrigaba todavía la esperanza de atraer con sus proclamas almibaradas á los que habían convertido su patria en una hoguera para librarse de su yugo. Para conseguir su objeto é inspirarles confianza había dividido en cuarteles los restos de la ciudad, nombrando un comandante para cada uno de ellos, é instituyendo magistrados para que administrasen justicia á los poquitos vecinos que se habían quedado. Fué nombrado gobernador de Moscou el cónsul general Lesseps, y publicó un edicto para anunciar á los moradores las *intenciones paternas* de Napoleón; pero tales promesas no llegaron á noticias de los moscovitas, y, aun cuando hubiesen llegado, no es probable que las hubiesen escuchado, si atendemos á que consideraban á Napoleón como la fuente de todos sus males. A más de que los unos habían huído á la otra parte del Volga, y los demás, mezclados con el ejército ruso, estaban dominados de un odio legítimo y sólo respiraban venganza.»

Hasta aquí el elocuente historiador de aquel gran desastre.

XVI

Entretanto el ejército francés se encontraba encerrado en las cercanías de Moscou, asediado por todas partes y con poca caballería. Aun en sus mismas estancias no estaban seguros los franceses, molestados de continuo por los cosacos y campesinos, que detenían los correos, mataban á los forrajeros y causaban males sin cuento.

Napoleón, para dar á entender que no tenía miedo, pasaba revista diariamente, usando de una severidad nunca vista con los coroneles para que tuviesen sus regimientos en el mayor orden.

El pueblo esperaba el invierno como á su vengador, y, sin embargo, no venía. Tal tardanza hizo creer á Napoleón que el clima de Moscou era igual que el de París. Engreído en su vanidad, creía, sin duda, dominar á las estaciones, y esperaba tal vez que el *sol de Austerlitz* le alumbraría hasta el polo, ó que, nuevo Josué, se pararía el astro á su voz para proteger sus pasos vacilantes.

Los rusos habían renovado audazmente las hostilidades. Napoleón comenzó á ver claro, y el día 19 de octubre dió orden de salir de Moscou hacia la Kaluga. Esto era, empero, una falsa maniobra: el ejército francés emprendía la retirada.

Antes de abandonar la ciudad, el duque de Treviso había hecho volar el Kremlin por medio de una mina. ¡Ya no existía Moscou!



CAPÍTULO VI

De Moscou á Krasnoe

I

LA situación del ejército francés no podía ser más horrorosa. Los combates que debía sostener con los rusos eran incesantes; cuantas ciudades, aldeas, villas y palacios encontraba á su retirada, estaban reducidos á un montón de escombros; los únicos seres vivientes con que tropezaba eran heridos, enfermos ó miserables criaturas llenas de quemaduras horribles, víctimas de los incendios. De vez en cuando entablábase una sangrienta batalla que dejaba cubierto el campo de miles de cadáveres y que resultaba enteramente infructuosa para el francés. Así sucedió en Malo-Jaroslawetz, tomada y vuelta á tomar siete veces. Napoleón se apoderó de ella al fin, es cierto; pero con otra batalla como aquella se quedaba solo.

El déspota dió orden de destruirlo todo, de saquear, destruir, violar y asesinar. Los caballos sólo podían comer la paja de los jergones de las miserables camas que todavía quedaban en algunas casas. Esto no bastaba, y fué preciso abandonar las piezas y furgones. Los artilleros, para impedir que las cajas de municiones cayesen en poder de los rusos, las hacían volar, produciendo á lo lejos un ruido semejante al de los truenos.

La orden dada por Napoleón de arrasarlo todo aumentaba la angustia de los que venían detrás. Así es que la retaguardia, al mando del ilustre Da-

vout, era la que más sufría todos los horrores de aquella espantosa marcha, oyendo retumbar incessantemente á corta distancia los cañonazos de los perseguidores.

A todo esto comenzaba el frío. Los soldados debían dormir al raso, privados de todo techo bajo que cobijarse, famélicos y extenuados. ¡Dichosos los que conseguían poder echarse sobre las cenizas aun calientes de las casas!

Hacia nueve días que el ejército francés había salido de Moscou, y cuando más se acercaba á su desecada patria, más desierto y desolado encontraba el país. El 29 de octubre vivaquearon los tristes perseguidos en el campo de batalla de Borodino, donde tan sangrienta victoria habían alcanzado. Con horror pudieron contemplar entonces que al cabo de cincuenta y dos días todavía permanecían insepultos los cadáveres. ¡Espantoso cuadro! Allí se veían juntos y amontonados aquellos 20,000 hombres que se habían degollado unos á otros, ahora tan silenciosos como en la tumba y entonces furiosos de rabia y sedientos de sangre. La mayor parte de estos cadáveres se conservaban sin corromperse por efecto del hielo de que se hallaba cubierto el suelo. Y, sin embargo, ¡aun estaba de humor la vanidad francesa para sentirse regocijados los soldados pudiendo enseñar el lugar en donde cada uno había

realizado alguna proeza! ¿Qué les había producido aquella victoria? ¡Allí se volvían á ver, al cabo de un mes y medio, famélicos, helados, vencidos, acosados sin tregua por los vengativos moscovitas!

Las dificultades de la marcha eran inauditas, inimaginables: á cada paso encontrábanse arrecifes de tierra, prados pantanosos, arroyos helados de pérfida resistencia para permitir el paso á los primeros y quebrarse luego la capa sólida, ríos de impetuosa corriente y resbaladizas pendientes. Los cosacos atacaban á cada momento la retaguardia, valiéndose los carreros de la confusión para robar los equipajes. Los merodeadores, seguros ya de la manera como podían hacerse con botín, simulaban por la noche ataques del enemigo y se apoderaban de lo que movía su codicia.

II

«El día 2 de noviembre, tres horas antes de amanecer,—dice Segur,—se levantó el campo para poder llegar á Wiazma antes que los rusos. La noche era muy oscura, y, temiendo tropezar unos con otros, caminaban á tientas y con tanta lentitud que permitía dar rienda suelta á los melancólicos pensamientos. Esta marcha nocturna, acompañada de un silencio profundo, tenía algo de espantoso. A pesar de la precaución con que se caminaba, no podía evitarse el que muchos cayesen en las zanjás que había á los lados del camino y que otros rodaran por los barrancos que lo cortaban. La aurora era esperada por todos con viva impaciencia, porque al paso, que la grata claridad les hiciese menos molesta la marcha, les proporcionaría evitar las asechanzas que el enemigo, como práctico del terreno que pisaba, podía haberles armado á cada paso.»

Después de un combate sangrientísimo pudo atravesar el ejército la ciudad de Wiazma. Las pocas casas que habían quedado en pie cuando el primer incendio, ardieron entonces, debido á las teas de los napoleónicos.

El ejército francés vivaqueó en un bosque donde se encontraba un convoy de enfermos que había salido de Moscou mucho antes que las demás tropas. Los soldados, rendidos de cansancio, se prometían disfrutar una hora de sueño; pero fuéles imposible por el fragoroso cañoneo de los rusos. Las detona-

ciones repercutían por los valles y movían un estrépito horroroso.

A la una de la noche seguían su marcha aquellas masas de desventurados, temerosos siempre de nuevos ataques de los rusos. El hambre, la sed, la fatiga y la postración era tanta en hombres y caballos que, luego de caer uno de éstos, era arrebatado por los soldados, los cuales se lo repartían á trozos, que comían con avidez después de haberlos tenido algún rato sobre las ascuas. Otros caían rendidos de cansancio, se echaban alrededor de alguna hoguera y se negaban á levantarse para seguir la marcha, prefiriendo la muerte á dar un paso más.

Sólo una esperanza sostenía á aquellos desgraciados: llegar á Smolensko. Allí estaba la tierra de promisión, allí encontrarían pan, allí podrían apagar su sed. Sobre todo ¡oh dicha incomparable! allí podrían dormir. ¡Smolensko! ¡Smolensko! era la única palabra que pronunciaban sus resecaos labios, el talismán que les obligaba á andar, el único y verdadero consuelo de aquellos infelices.

Era el día 5 de noviembre y sólo faltaban veinte leguas, que podían hacer en tres días. Los soldados estaban radiantes de júbilo: ¡tres días faltaban tan solamente para salir de aquel infierno en que sufrían desde el 19 de octubre! La alegría era divina, celestial. Todo lo olvidarían dentro poco: de todo estarían provistos, comerían, dormirían.

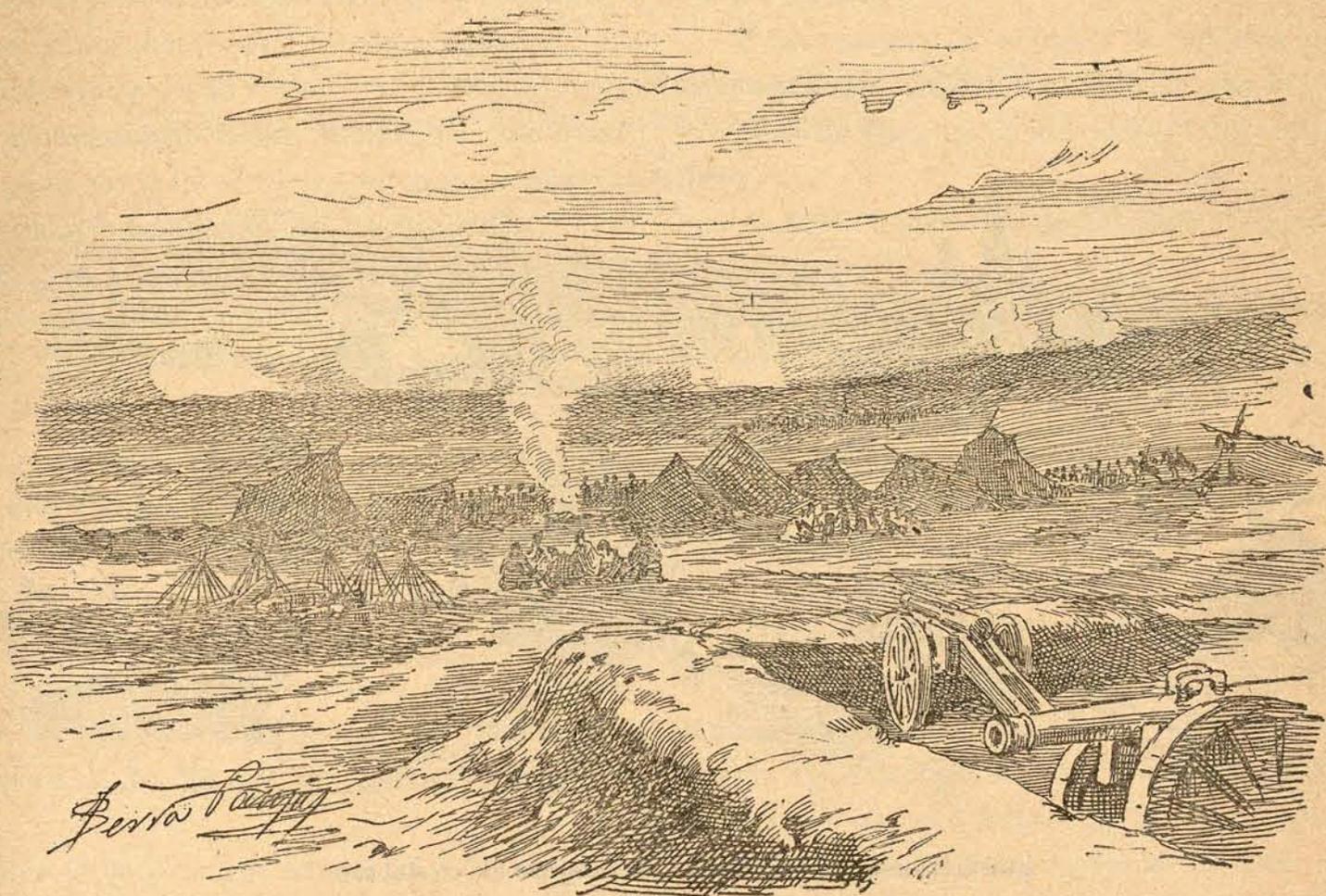
De pronto el cielo, hasta entonces sereno y radiante, cubrióse de un frío y opaco vapor. Bandadas de nubes, grises y siniestras, ocultaron el sol, y desplomóse sobre los ateridos soldados horrible tempestad de nieve. Al cabo de una hora cielo y tierra eran de un mismo color. Las montañas de tierra se confundían con las trombas de la nevada. Reinaba profunda oscuridad y el viento silbaba horribilmente, cortando como punzantes cuchillos los rostros de los infelices. Caían helados entre filas la mayor parte, sin que nadie acudiese á levantarlos. Descalzos, semidesnudos, hambrientos, desfallecidos, abrasados de sed, seguían los otros maquinalmente, cayéndoseles los fusiles de las manos, desapareciendo á cada instante en las zanjás y barrancos, hundiéndose en las profundidades de las cortaduras. Bandadas de cuervos y manadas de perros que seguían al ejército disputábanse entonces los cadáveres y los moribundos, removiéndolos la nieve y hartándose de carne humana.

El ejército se desbandó. Los rezagados formaron el mayor número. Cada uno tiraba por su lado en busca de una choza que incendiar para gozar un momento de calor antes de entregar la vida. Partidas de paisanos daban caza á los extraviados y les hacían sufrir mil tormentos en venganza de los desastres que habían ocasionado los invasores.

Cuando aquellos deshechos regimientos pudieron llegar á Doroghoboni se encontraron con que al pa-

sar por allí el feroz Atila de los tiempos modernos había mandado arrasarlo todo, destruirlo todo, arrojar el aguardiente de los almacenes, arrojar la harina, quemar, aniquilar. ¡Como si tras de él no marchase un ejército! El déspota infernal se complacía en que pudiesen de hambre, de sed, de frío y de horrible insomnio aquellas víctimas que había llevado á la sepultura arrancándolas de sus hogares.

Los rusos, en cambio, alcanzaban las mayores ven-



...fuéles imposible por el fragoroso cañoneo de los rusos

tajas sin padecer en lo más mínimo. Llevado de su vanidoso deseo de llegar pronto á Moscou, causa única de su ruina, Bonaparte había dejado á sus espaldas considerables masas enemigas que ahora se oponían á su retirada. El duque de Reggio, impotente para ahuyentar á las fuerzas que guardaban el Dwina, pidió refuerzos á Napoleón. Envióle éste el cuerpo de ejército del duque de Bellune, y toda la expedición quedó aniquilada por la falta de víveres y el rigor del invierno.

Los rusos tenían perfectamente formado su plan: coger vivo á Napoleón y pasar á cuchillo á todo el ejército.

Bajo el peso de tan horrendas desgracias seguía

el desventurado ejército que había salido de Moscou. Napoleón iba siempre una jornada delante. Los demás cuerpos iban alternando, aunque el mejor conservado era el 4.º, que iba, por lo común, á la vanguardia, mandado por el virrey de Italia, Eugenio de Beauharnais, así como el 3.º, mandado por Ney, formaba siempre á retaguardia.

Salidos de Doroghoboni, dirigieronse hacia Witepsk. El día 8 de noviembre encontrábase el ejército francés á orillas del Vop, que era preciso atravesar en medio de las incesantes acometidas de los cosacos. Los zapadores habían construído el día antes un puente; pero sobrevino una avenida apenas había quedado concluído y quedó inutilizado entera-

mente. No cabía más recurso que vadear aquella impetuosa corriente, profunda y cenagosa.

Eugenio de Beauharnais, sereno siempre, buscó un héroe que quisiera sacrificarse dando ejemplo.

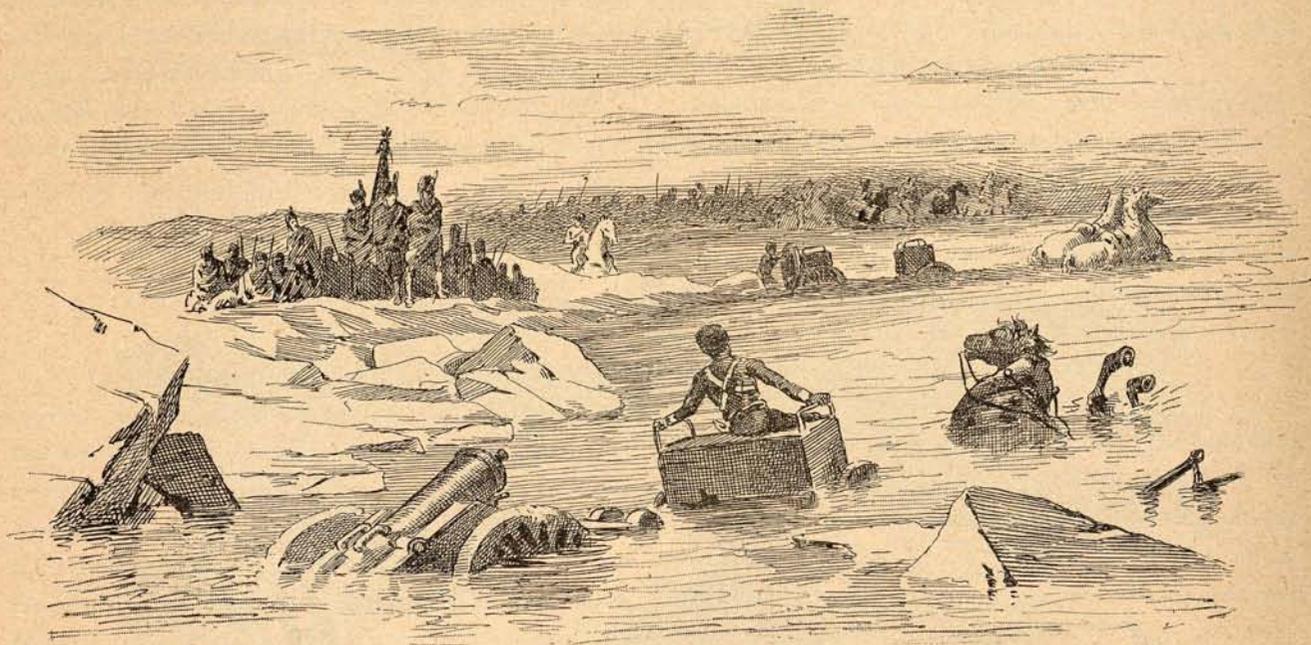
—¡Coronel Saligny!—exclamó dirigiéndose al marqués de Lagarde, que estaba á pie, contemplando los témpanos que arrastraba el hielo.—¡Vadead el río con mi guardia real!

El marqués de Lagarde, heroico, dejóse deslizar desde la escurridiza margen hasta la helada corrien-

te, con agua hasta la cintura, al mismo tiempo que resonaba agudo y desesperado un grito de mujer. Al ver los regimientos de la guardia aquel arranque de intrepidez, siguieron todos á Saligny, y se encontraron al cabo de algunos minutos, que parecían siglos, á la otra parte del Vop.

Muchos habian perecido ahogados. El resto del ejército permanecía aún en la otra parte.

Tratóse luego de que pasara la artillería; pero hundiéronse las cureñas en el fangoso álveo del río



... hundiéronse las cureñas en el fangoso álveo del río...

y quedó obstruido el paso para el inmenso número de equipajes, furgones y carros que seguían detrás.

Octavio de Saligny repasó el vado y se dirigió hacia un lujoso carruaje.

—¡Diana!—murmuró.

—¡Oh bien mío!—exclamó una débil voz.

III

Restablecida Diana de su herida, había abandonado la abadía de Zegnivorod, presentándose en Moscou el día antes de la marcha del ejército.

Al abandonar la capital instalóla Saligny en un carruaje, y fué siguiendo al ejército en su desastrosa retirada, padeciendo ambos como todos los demás. Saligny hacía inauditos esfuerzos para que la desventurada mujer no se muriese de hambre y frío, y

vigilaba con incesante cuidado que nadie robase los caballos del carruaje ó saquease lo que éste contenía. Envuelta en pieles y capotes, Diana sufría, sin embargo, los horrores de aquella estación mortífera.

Iba siempre cerca de ella el bueno de Allain Gauthier, el asistente del marqués, fiel á su amo como un perro.

Diana había visto á Octavio ponerse al frente de los dos regimientos que habian vadeado el Vop y había arrojado aquel grito, harto oído por el bravo coronel, que sentía hacérsele pedazos el corazón al considerar que quizás iba á dejar en el más horrible abandono á aquella infeliz mujer.

La desdichada se había desmayado, y al volver Octavio junto á ella apenas había recobrado el conocimiento.

El paso para los carruajes había quedado entera-

mente inutilizado á consecuencia del atascamiento de los cañones. Era un material inmenso que había que dejar allí.

Los rusos atacaban entretanto y rodeaban á las desfallecidas tropas que estaban detenidas á la orilla. De un momento á otro podía llegar el resto de las fuerzas y quedar todos prisioneros, es decir, ser pasados á cuchillo por los cosacos.

Resonó entonces el grito de *¡Sálvese quien pueda!* y muchos se precipitaron en el río.

No tardó en formarse un paso horrible, constituido por los ahogados, hombres y caballos, cañones y carros, lujosísimas calesas y toda suerte de equipajes.

Otros, codiciosos de botín, delirantes, sin duda, pues de nada había de servirles, andaban registrando los carruajes y robando todo lo que podían llevar sobre sí.

Un grupo de granaderos que iba saqueando los carruajes rodeó al de Saligny en ocasión en que éste trataba de reanimar á Diana haciéndole tragar algunas gotas de aguardiente, preciosamente conservado desde Moscou. Aquellos infelices creyeron ver abierto el cielo al contemplar la botella, y se acercaron en ademán de arrebatarla de las manos.

Octavio, que sentía heladas las manos de Diana y no contaba con más salvación que aquella escasa cantidad de líquido, exclamó en tono amenazador:

—¡Dejadme! ¡Ay del que se atreva á tocar esta botella!

Gauthier subió entonces al pescante y arreó los caballos.

Los granaderos lanzaron un grito de furor y clavaron sus bayonetas en el vientre de los pobres animales, prorrumpiendo en brutales carcajadas y siniestros gritos.

En esto una nube de cosacos rodeó el coche, alanceando á los miserables y haciendo contra ellos numerosas descargas.

Saligny y Diana, dentro del carruaje, se estrecharon, dándose el último adiós.

Abrióse la portezuela y aparecieron varios jinetes rusos, que hicieron señal á Saligny de que bajase.

Este dió un beso á Diana, que había vuelto á quedar sin sentido, y puso pie en tierra.

IV

De pronto oyó una voz conocida que daba orden de respetar la vida del prisionero.

Saligny buscó con los ojos al jefe que había pronunciado aquellas palabras y vió á Alejo Tchernicheff, que era el que mandaba las fuerzas, restablecido ya de la herida recibida en Smolensko.

—Marqués de Lagarde,—exclamó desmontando,—no tengáis el menor cuidado por vuestra vida, antes bien vamos á ayudaros en lo que podamos. ¡Ea! Seguidme y pasaréis unas cuantas horas sin que os falte nada.

—Viene una mujer conmigo, comandante,—respondió Saligny.

—Tanto mejor: la condesa la recibirá perfectamente y podrá quedar á su lado sin que le pese.

—¿Sabéis algo del conde de Teglew?—repuso Saligny.

—Noticias inmejorables: el coronel Revoredo lo rescató al ser conducido á Wilna.

Bajó Diana del carruaje y se dirigieron todos hacia un castillo que se divisaba desde allí, al cual llegaron al cabo de una hora.

Octavio y Diana, precedidos del comandante de tiradores, se encontraron en un salón, en el cual apareció al breve rato la condesa de Teglew.

—El cielo os ha conducido aquí, Octavio,—dijo Aurora.—Nuestras valientes partidas acaban de traer prisionero al duque de Orthez, al cual encontraron moribundo en la abadía de Zegnivorod. El bravo Tchernicheff se ha reconocido autor de la muerte del general Roussel, y el odioso general ha firmado una declaración en igual sentido. Con eso podéis afirmar plenamente la inocencia de Conrado.

—Cumpliré sin dilación este cometido, condesa, una vez pueda.

—Pronto podréis, Octavio: sólo os retendré aquí el tiempo que necesitéis para reponer un tanto vuestras fuerzas. Pero ¿esta señora? ¡En qué estado se encuentra, Dios mío! Permitidme que le ofrezca mi lecho para que pueda descansar hasta vuestra partida, si es que no prefiere quedarse aquí hasta la paz.

A pesar de lo decaído que estaba el ánimo de Diana, tuvo fuerzas para exclamar apasionadamente:

—Gracias, señora. Desde el fondo de mi corazón os doy las más rendidas gracias; pero os ruego, por compasión, que no me separéis del coronel.

Aurora miró con extrañeza á Saligny. Este comprendió aquella mirada y repuso:

—La condesa de la Chategneraie está bajo mi pro-

tección, Aurora, después de haber sido villanamente engañada por el duque de Orthez.

Oyóse en esto el rumor de una partida de caballería que se iba acercando, y al poco tiempo entró en el salón un bizarro joven con insignias de coronel.

—D. Francisco Revoredo, libertador del conde de Teglew y en la actualidad su edecán,—dijo Aurora, presentando al antiguo marino al marqués.—El coronel Octavio de Saligny.

El recién llegado pareció quedar lleno de profunda sorpresa al oír aquel nombre, hasta el extremo de llamarle la atención á Octavio.

—¿Conocíaisme acaso?—preguntó el marqués al español.

—No tenía ese honor, mi coronel,—replicó Revoredo,—personalmente; pero había oído hablar muchas veces de vos en Cádiz.

—Permitidme, sin embargo, que me haya parecido singular la sorpresa que se ha pintado en vuestro rostro al oír mi nombre.

Revoredo vaciló un instante y repuso:

—Es que ha sido rara coincidencia encontrarnos ahora, cuando acabo de recibir noticias de España que os interesan.

—¿Qué decís?—respondió Saligny.

—Sí: he tenido carta del brigadier Espinosa.

Saligny, agitado por febril impaciencia, exclamó:

—Hablad, y no temáis contarme cualquier desventura.

—El brigadier Espinosa me escribe, pues, que su mujer, D.^a Estrella de Montespino...

Palideció Octavio al oír aquel nombre.

—Acabad,—murmuró el coronel.

—Había partido á Francia llamada por su madre.

—¡Julia muerta!—exclamó el coronel bajando la cabeza.

—¡No, no muerta! La condesa de Montespino ha entrado en un convento.

V

Reinó profundo silencio.

—¿Os han dado algún pormenor sobre ese rapto?—repuso Saligny.

Revoredo titubeó un momento y contestó:

—No ha sido ningún rapto: la condesa se ha retirado al claustro de su plena voluntad.

—¿Sabéis en qué convento?

—No: nada me dicen sobre eso.

—¿Y no sabéis tampoco si dejó nada escrito para mí?

—No sé tampoco.

—¡Es imposible que Julia no me haya dado ninguna explicación!

—Es fácil que se haya extraviado la carta si es que os mandó alguna. Bien sabéis lo difíciles que son las comunicaciones entre Francia y vuestro ejército. De todas maneras, no os quepa duda de que D.^a Estrella y su madre regresaron juntas á España, y que, una vez allí, la condesa de Montespino se dirigió á un monasterio para acabar en él sus días.

Diana escuchaba ansiosamente las palabras de Revoredo, mirando llena de piedad á Octavio de Saligny.

Los ojos de éste se encontraron con los de Diana, y el coronel no pudo reprimir una triste sonrisa, mezcla de inefable agradecimiento.

Diana y el coronel Saligny fueron invitados á comer y á descansar allí aquella noche. Excusado es decir que, si apenas pudieron probar bocado, fuéles imposible, enteramente, conciliar el sueño.

Al día siguiente, cerca de mediodía, llamó Aurora á Revoredo para que acompañara al prisionero y á su compañera hasta la orilla del río.

Saligny se despidió de la condesa, lo mismo que Diana.

Un triste espectáculo se ofreció á su vista al repasar el puente levadizo.

Acababa de pasar un piquete de cosacos llevando gran número de prisioneros.

VI

Las orillas del Vop presentaban un horrible espectáculo. En la margen en que había quedado detenida la impedimenta de los franceses hormigueaban los cosacos, destruyéndolo todo, pegando fuego á los más preciosos objetos, que de nada les servían, y pisoteando con sus caballos á los heridos franceses que allí habían quedado, á los cuales habían despojado de sus uniformes, dejándoles que pereciesen desnudos sobre la nieve.

El carruaje en que habían sido conducidos Saligny y Diana debió detenerse por ser imposible pasar á la orilla opuesta. No había más vado que el espantoso camino formado por los muertos hacinados, por los

cañones y cureñas revueltos, por los furgones y carros volcados y amontonados.

El ejército francés se había perdido de vista por completo.

Revoredo entregó un salvoconducto á Saligny y le estrechó la mano.

El coronel tomó en brazos á Diana, y apoyándose, ora en el fuste de un cañón, ora en un miembro humano, ora en la lanza de un carro, ora en una rueda, pudo llegar á la otra orilla.

¡Nieve! ¡Todo era nieve! ¿Cómo sobrevivir á aquella temperatura glacial?

Así anduvieron por espacio de una hora.

Comenzaban ya á encontrar rezagados franceses, que, tendidos sobre el hielo, acababan su vida sin darse cuenta de la proximidad de la muerte. A veces topaban con un jinete muerto sobre su caballo, también muerto, fúnebres estatuas ecuestres.

Por fin, al caer de la tarde, pudieron llegar Octavio y su animosa amiga á la chica ciudad de Doukhovchtchina, abandonada por todos sus habitantes, pero en la cual el ejército francés había podido rehacerse algún tanto de las horribles calamidades que sobre él pesaban.

Pocas horas hacía que se encontraban allí, cuando se dió orden de partir nuevamente. No se tuvo compasión de aquella ciudad, que tanto había favorecido á las tropas, que en ella habian podido pasar cerca de dos días enteros al abrigo de las inclemencias del cielo y de los horrores del hambre, y se le pegó fuego.

«Aunque hacía tiempo que el ejército estaba acostumbrado á este género de devastación,—dice Segur,—no pudo menos de quedar pasmado al ver el espectáculo tan horrible como sorprendente que produce en las tinieblas un bosque cubierto de nieve cuando está alumbrado por torrentes de llamas. Los árboles, cubiertos de una corteza de hielo, deslumbraban los ojos y daban, como al través de un prisma, los colores más vivos y las tintas más suaves. Las ramas de los álamos se inclinaban hacia la tierra, á manera de sauces llorones, y los témpanos de hielo de que estaba cubierta la llanura, con la luz que reflejaban, presentaban alrededor de los soldados una lluvia de diamantes, de rayos de luz y de chispas.»

Era la noche lóbrega en extremo; pero las llamas del incendio de aquella ciudad, y de cuantos pueblos

se encontraban al paso, formaban como auroras boreales, iluminando el camino con fatídica claridad. Sólo se libraban de ser quemados los pueblos sepultados en la nieve.

Los enormes lebreles que, abandonando los lugares que habían sido incendiados, iban siguiendo al ejército, arrojábanse sobre los desvalidos soldados que quedaban á retaguardia, ladrando como si estuviesen rabiosos y disputando á los hambrientos rezagados los restos de caballos muertos que iban quedando por el camino.

VII

Octavio y Diana pasaban iguales tormentos que los demás. La desdichada mujer estaba desfallecida y exánime. Era cosa lastimosa ver andar sobre la nieve á numerosas mujeres descalzas, sin más abrigo que un vestido de seda ó de percal, ó á lo más con algún capote quitado á un muerto.

Saligny había podido encontrar un caballo, y llevaba consigo á la desdichada. Helábanse los dos; pero eran infinitamente más felices que multitud de seres que iban muriendo á su lado, transidos de hambre, sed y frío.

De pronto Saligny oyó un débil quejido detrás de él. Volvió la cabeza y vió caer exánime á una joven cuyo semblante no le era desconocido.

—¡Andrea!—exclamó.

La moribunda levantó los ojos.

—¿Me conocéis?—repuso balbuceando.

—¡Oh, sí! Sois la esposa de Armando de Lanjuinais. ¿Qué es de él?

—Nada sé: desapareció en los combates cuando íbamos á pasar el río.

—Vaya: ya lo volveréis á ver. Subid ahora á caballo: seguireis con nosotros. ¡Valor!

Octavio había desmontado, y, cogiendo á la infeliz huérfana de Villafranca de los Barros, la colocó al lado de Diana.

—Pronto llegaremos á Smolensko, y allí saldremos de todas estas miserias. Tened confianza, Andrea, y no desmayéis.

Aquella pobre mujer había querido seguir á Lanjuinais hasta el corazón de Rusia sin temor á las catástrofes que podían ocurrir, y le había faltado de pronto el que era su único amparo al intentar vadear las cenagosas ondas del Vop. Los rusos no

habían querido abusar de ella y la habían abandonado en la orilla.

—¿Oís?— exclamó Saligny.—¡Las campanas de Smolensko! Poco tardaremos ya en llegar.

Ibanse acercando, en efecto, á la ciudad, poseídos todos de inmenso júbilo ante la idea de que allí nadarian en la abundancia.

Estaban ya nada más que á media legua, cuando vieron venir hacia ellos grandes pelotones de soldados franceses pertenecientes á la guarnición de la ciudad.

—¡Nos vienen á traer víveres!— exclamaron gozosos los que iban.

Pero no tardaron en llegar hasta ellos las voces de los que venían á su encuentro gritando:

—¡Caballos! ¡Caballos!

En un principio el horror que encerraban tales palabras impidió que fuesen comprendidas de la columna; pero no tardó en conocerse todo su espantoso significado.

La guarnición de Smolensko, famélica, salía en busca de los caballos para mitigar el hambre que reinaba en la plaza.

VIII

Los cosacos habían desbaratado por completo la retaguardia cuando ya estaban dentro las restantes fuerzas. Los que habían logrado salvarse se habían encaramado á lo alto de un monte enteramente cubierto de una capa de hielo, y se dejaban caer desde la cima, deslizándose por la ladera, por cuyo medio podían llegar á veces hasta las murallas, cubiertos de sangre.

Al propio tiempo que el 4.º cuerpo, habían llegado á Smolensko los demás, que venían por otros caminos; de modo que se reunió allí todo el ejército, excepto los cuerpos de Victor y Gouvion Saint-Cyr.

Reinaba un viento huracanado y el termómetro señalaba 22º bajo cero; pero, á pesar de esto, más cuidaban los soldados de ir en busca de víveres que no de alojamiento.

Los cosacos no cesaban de perseguir á los que todavía no habían podido entrar en la plaza.

Entretanto, los soldados acuartelados en la catedral y en los edificios que habían podido librarse del primer incendio aguardaban el momento del

ranchito. Pasaban, empero, horas y más horas, y nada daba indicio de que se pudiese comer.

Sólo la guardia imperial nadaba en la abundancia.

Llegó la noche. Salieron muchos en busca de un pedazo de caballo y hallaron la muerte en medio de la calle. Allí caían helados, unos alrededor de una hoguera, otros tendidos sobre los furgones.

Las noticias que se recibían eran desastrosas. No sólo reinaba el hambre en el ejército, sino que era inevitable una gran batalla al tratar de pasar el Dnieper ó el Beresina.

Así trascurrieron tres días, durante los cuales no hizo más que empeorar á cada momento la situación.

Sin embargo, otra cosa preocupaba más que todo esto á Bonaparte.

Acababa de saber que se había descubierto en París una gravísima conspiración republicana á cuyo frente estaba el general Malet, contando con gran parte del Senado y los altos funcionarios.

Napoleón cayó en un sombrío estupor y dió orden de salir inmediatamente, partiendo él antes que nadie con los cazadores de á caballo y los lanceros polacos, y ordenando severamente que se dejase en Smolensko á todas las mujeres, fuesen voladas las iglesias é incendiadas las casas.

Napoleón era tierno, humano y muy galante.

La cosa se cumplió casi al pie de la letra, ya que no del todo, por haber podido evadirse algunas infelices.

Por fortuna, al mismo tiempo que salían los franceses entró en la ciudad el *hetmann* Platow y estorbó se realizase la bárbara orden del déspota.

IX

«Desde Smolensko á la aldea de Doubna, distante 3 leguas,—dice un testigo ocular,—que también había sido incendiada, se veía un inmenso parque de artillería, que fué preciso dejar al enemigo: el camino estaba enteramente cubierto de cañones y cajas de municiones, que no habían podido ser clavados ni voladas por falta de tiempo. Los caballos de tiro, exánimes y sin fuerzas para resistir la fatiga, caían muertos unos sobre otros: en pocos días habían muerto más de treinta mil. Todos los caminos por donde no podían pasar los carruajes veíanse

cubiertos de armas, cascos, chaquetas y caballos. El valle estaba sembrado de baúles descerrajados, de maletas abiertas y de todo género de ropas. Los cadáveres de los soldados hubieran obstruido pronto los caminos á no haberse llenado con ellos las zanjas y los baches.»

Finalmente, después de sangrientos combates, á cada momento repetidos, pudo llegar el ejército francés á Krasnoe. Desde la salida de Moscou, hacía veintinueve días, habían hecho los rusos 30,000 prisioneros, tomado 500 cañones y apoderádose de todo el botín y los bagajes que los napoleónicos se habían llevado de Moscou. Habían muerto de frío, miseria, ó de resultas de las heridas, 40,000 franceses, quedando reducido aquel inmenso ejército á 30,000 hombres, de los cuales sólo los 8,000 de la guardia

imperial estaban en disposición de poder combatir. ¡Y pensar que Krasnoe estaba á mitad del camino de Moscou al Niemen y quedaban dos cordilleras que atravesar todavía!

Los rusos reunían todos sus ejércitos para cortar la retirada á Napoleón al intentar atravesar el Berecina. El emperador, lívido y sombrío, dió orden de salir á marchas forzadas para llegar antes que Tchiskagow, Wittgenstein y Stengel.

En cambio todo era alegría en el ejército de Alejandro. Miranda y Revoredo tenían á sus órdenes gran parte de aquellos españoles que habían quedado en Dinamarca cuando la retirada del marqués de La Romana, á los cuales había incorporado Napoleón á la legión danesa, y que, aprovechándose ahora de las circunstancias, habían recobrado su libertad.



CAPÍTULO VII

Extrañas aventuras

I

EL capitán Armando de Lanjuinais había caído herido de dos balazos y una cuchillada en uno de los combates sostenidos á orillas del Vop. Largas horas estuvo sin conocimiento, confundido entre cadáveres rusos y franceses. El frío horrible lo helaba todo y todo lo dejaba sin vida.

Al siguiente día volvió en sí el desgraciado oficial y contempló con horror la situación en que se encontraba. No había alma viviente á su alrededor. Los que habían caído heridos la víspera habían muerto todos bajo la acción del frío, y muchos yacían cubiertos de nieve.

Armando pensó al momento en su pobre Andrea. ¿Qué habría sido de ella, privada de su arrimo, en aquellas fatales circunstancias, cuando todo sentimiento delicado se había perdido, cuando la necesidad rompía los más cariñosos lazos, cuando el egoísmo, el afán de vivir, la dicha de poder roer un pedazo de caballo, cambiaban en odio feroz las más antiguas y leales amistades?

Dos días pasó de esta manera, imposibilitado de moverse. Por fin, haciendo un supremo esfuerzo, exánime y extenuado, arrastróse Armando por el suelo fangoso y helado sobre el que había permanecido durante tanto tiempo. Sus miembros entumecidos se negaban á moverse, y sentía como si un aro de hierro le apretase las sienes.

Llegaba hasta él, aumentando la desesperación de su ánimo, el furioso rugido del Vop, corriendo encajonado, aumentada su corriente con las lluvias y los hielos. No se le presentaba otra expectativa que la de caer prisionero de las partidas de cosacos. Nada le importaba la muerte en cuanto á sí; pero no podía pensar sin un estremecimiento de espanto en la suerte de Andrea.

Las heridas que había recibido en un muslo y en el cuello impedíanle tenerse en pie.

Siempre arrastrándose, pudo llegar á orillas del Vop, sin que hasta donde alcanzaba la vista pudiese ver medio de alguno de vadearlo.

En cambio era inmenso el botín de guerra que yacía esparcido á lo largo de las márgenes en una extensión de una legua. El número de carruajes de lujo que los franceses se habían llevado de Moscou y habían tenido que abandonar allí, era, sobre todo, extraordinario.

Llegó la noche. Lanjuinais sentíase en inminente riesgo de morir helado. Por otra parte, hacía tres días que no había probado la menor cantidad de alimento. Por fortuna había encontrado una cantimplora de aguardiente, que quitó de manos de un oficial ruso, cadáver ya. Gracias al precioso licor había podido resistir la horrible situación en que se encontraba.

El capitán, resuelto ya á acabar allí su vida, no quiso hacerlo sin darse el sublime placer de sentir la divina sensación de algún calor. Todavía quedaban bajo las cenizas de las extinguidas hogueras algunos tizones. Cogió uno, y con él pudo pegar fuego á un carruaje.

No tardó en arder la lujosa carretela, iluminando con su resplandor la trágica escena de aquel campo de desolación.

Lanjuinais sintió un goce celestial al recibir la ardiente caricia del fuego. Pronto añadió nuevo combustible á la hoguera, y más y más, disfrutando toda la noche de la dulce sensación que le proporcionaba el voraz elemento.

Hacia la madrugada, y como si aquella hoguera hubiese sido un mágico conjuro, vióse rodeado de extraños seres, moribundos, exánimes, mudos, mutilados, heridos, que habían acudido en torno del fuego antes de exhalar el último suspiro.

II

Todos permanecían silenciosos y mudos. Aquellos rostros macilentos, lívidos, desencajados, presentaban extraños rasgos al reflejar la roja claridad de la hoguera.

Sobre un fondo de fango, que manchaba el resto del suelo alfombrado por la nieve, ardían, en confuso amontonamiento, furgones, ruedas, cureñas, cajas, todo lo informe de una catástrofe, todo lo precioso de una ruina.

El grupo de fantasmas que rodeaba la hoguera era lo más siniestro que cabía imaginar. Hombres, mujeres, niños, lebreles, cuervos revoloteando. Todos los uniformes, todos los andrajos, todos los harapos, fraternizando en una sola sensación. Había judíos, un general francés, dos ó tres jefes rusos, desertores españoles, niños de las incendiadas aldeas. Oíanse estertores de agonía y gruñidos de placer. Miraban los unos con ojos llenos de estupor y los otros lanzando feroces ojeadas. La mayor parte estaban tendidos, acurrucados otros. Algunos, agonizantes, contemplaban con cierta salvaje delectación cómo ardían sus vestidos, dichosos de morir envueltos dentro de las llamas.

Lanjuinais creyó reconocer de pronto una cara conocida; pero ¿cómo podía serlo la de un coronel ruso?

Sin embargo, no cabía duda: aquella fisonomía era la del comandante M. Firmin de la Fanfare.

—¡Eh!—exclamó Lanjuinais dirigiéndose á él.—¿Os habéis pasado al enemigo?

—¡Diablo!—contestó el interpelado.—¿Quién habla francés aquí?

—El demonio que os conozca, La Fanfare. ¿De dónde habéis sacado esos arreos?

—¡Lanjuinais!—contestó el digno comandante.—¡En buena ocasión nos hemos topado! Por lo demás, esos arreos que decís los he conquistado legítimamente en el campo de batalla.

—¿Disteis muerte al difunto coronel?

—Nada de eso: lo saqué después de muerto. Disfrazado de ruso y fingiendo que me había vuelto mudo (¡ved qué sacrificio!), pude atravesar una extensión de muchas leguas entre esos brutos de cosacos hasta venir á parar aquí en seguimiento de Napoleón *el Grande*. Bien provisto iba mi pobre antecesor, pues encontré en los bolsillos de mi caftán gran cantidad de rublos y no pocos papeles. ¡Pardiez, que hay entre ellos muchas cartas para distintos oficiales!

—Suerte ha sido.

—Hay tres ó cuatro para el marqués de Lagarde. Se conoce que sorprendieron algún correo nuestro y que el bueno del coronel no quiso violar el secreto de la correspondencia, apoderándose tan sólo de lo que le pareció interesante.

—Todas las entregaremos á su tiempo, comandante.

—Pero ¿cómo salir de aquí? Es imposible pasar el río.

—Más imposible es que estemos vivos.

—Verdad es.

—¿Hay por aquí algún otro francés?—exclamó Lanjuinais.

Dos de los presentes contestaron afirmativamente. Más había, pero estaban agonizando.

Eran, los que habían hablado, un capitán de artillería y un ingeniero, aunque difícil hubiera sido poder precisar, sin saberlo antes, á qué estado pertenecían: tan abigarrados eran los andrajos con que procuraban cubrir su desnudez.

—Somos cuatro, pues, los que nada tenemos que hacer aquí,—continuó diciendo Lanjuinais.—Al romper el alba partiremos en busca de un vado.

De pronto una sombra de las que se calentaban se puso en pie. No podía distinguirse quién era ni á qué sexo pertenecía; pero así que habló pudo reconocerse en ella á una joven.

—¡Yo os guiaré!—exclamó.

—¡Kolia!—repuso el ingeniero.—¿Tú aquí?
La joven miró hacia donde estaba el que había hablado y contestó:

—Dios me ha guiado para que os salvara. Seguidme todos.



...pudo reconocerse en ella á una joven

La Fanfare y el capitán de artillería cogieron á Lanjuinais en brazos y se lo llevaron, mientras el oficial de ingenieros y Kolia marchaban delante.

Los que quedaron se estrecharon todavía más alrededor de la hoguera. Nadie reparaba en que muriese el que tenía al lado más que para apartarle y poder acercarse al fuego un poco más que antes.

III

La que el oficial de ingenieros había llamado Kolia era una mujer de alta y casi imponente estatura, blanca y rubia, de esculturales líneas y expresión extrañísima, llena como de una especie de exaltado misticismo.

No habían andado veinte pasos los franceses, cuando oyeron tras de sí una voz cascada que gritó:

—¡Kolia! ¡Koliuchka! ¡Hija mía! ¡Amiga mía!

Detúvose la joven como si se hubiese parado de repente el resorte que parecía hacerla mover, y contestó:

—Aquí os esperamos, Dimitri Demianitch. ¿Cómo no figurarme que nos habíais ya seguido? Satanás habrá sido, pues, quien me habrá hecho olvidar de vos.

—Satanás está siempre presente. La nieve no le arredra. ¡Señor Dios! ¡Señor Dios! ¡Señor Dios!

—¡Bendito! ¡Bendito! ¡Bendito! Amén. ¡Perdonadnos, Señor Dios, nuestras maldades! Amén, amén, amén.

El hombre iba acercándose con gran trabajo, por llevar arrastrando una pesada cadena, que chirriaba al rozar con la helada superficie del suelo.

—¡Animo, Dimitri Demianitch!—exclamó Kolia dirigiéndose hacia él.—Pronto llegaremos á alguna *isba* (1), donde podremos reparar nuestras fuerzas. El Señor nos ve y nos prestará su auxilio.

Los tristes viajeros iban siguiendo orillas del río arriba. Algunos enormes lebreles habían acudido en su seguimiento, ladrando furiosamente.

Misterioso poder debía tener Kolia en su voz ó en su mirada cuando, al volverse y decir—¡Quietos!—se callaron, apresurándose á lamer sus manos.

Todavía quedaban carruajes por el paraje donde se encontraban. Escogió Kolia uno entre los más ligeros, y no tardó, ayudada de sus compañeros, en improvisar un tiro con los perros. Púsose en la *telega* á Lanjuinais y siguió su marcha la comitiva.

—Satanás no duerme nunca, hermanos míos,—exclamó Dimitri Demianitch en un lenguaje bastante parecido al francés,—y lo mismo está entre los rusos que entre vosotros. Los justos sólo temen á Dios y sólo odian al diablo. Todos somos hijos del Señor.

El oficial de ingenieros parecía obedecer pasivamente todas las órdenes que con su mirada le daba Kolia. Los demás seguían indiferentes, preocupados tan sólo por la falta absoluta de toda esperanza de cruzar el río, mugiente y furioso.

Al cabo de tres horas de marcha distinguióse una

casa de cuya chimenea salía blanca columna de humo.

—¡Bendito, bendito, bendito el Señor!—exclamó Dimitri.—Allí mora una buena alma.

Encamináronse todos al lugar que tal indicio daba de ser habitado, cuando de pronto Kolia exclamó:

—¡Atrás! No hay allí ninguna buena alma: hay los hijos del infierno.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, salió de allí una mujer, triste y hermosa, que demostró quedar hondamente sorprendida y como contrariada al ver el grupo.

IV

Cualquiera hubiera dado la razón á Dimitri Demianitch, que no á Kolia, al ver á la pálida beldad que había salido al encuentro de los fugitivos. Era un dechado de hermosura judía, con sus negros cabellos, el color algo cetrino, los ojos ardientes y oscuros, su aire reconcentrado y su magnífico talle, no menos escultural que el de la moscovita.

—¿Hay algo que comer y que beber, pagando?—exclamó el oficial de artillería.

—Podéis entrar, señores,—respondió la joven.—No os faltará hospitalidad en esta casa.

—¡Cállate tú, hija de Israel!—repuso Kolia.—Ningún cristiano puede penetrar en las guaridas que habitáis, perros malditos.

—Os perdono vuestras injurias, hermana,—repuso la hebrea.—Dios es testigo de lo mal que nos juzgáis.

—Seguidme al punto, Guyon,—replicó Kolia dirigiéndose al ingeniero.—Los demás pueden hacer lo que gusten.

—¡Señor Dios mío,—prorrumpió diciendo en esto Dimitri Demianitch,—no pongas más á prueba nuestra flaca naturaleza! ¡Corramos, corramos, huyendo de la presencia de esos miserables. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Dios santo, Dios santo, Dios santo!

El bueno de La Fanfare y el oficial de artillería hicieron presente á su compañero que no entraba en sus cuentas dejar de descansar un rato bajo techado y poder saborear una taza de *samovar* (1), acompañada de un buen plato de coles, guisado nacional de la Santa Rusia. En cuanto á Lanjuinais, agrade-

(1) Casita de campo.

(1) Una especie de te.

cido á los cuidados de Kolia y deseoso, sobre todo, de incorporarse al ejército para ver si daba con Andrea, dejó comprender sus deseos de no abandonar la compañía de su extraña protectora.

—Esperadnos más arriba,—exclamó La Fanfare, —que ya nos reuniremos pronto.

El digno comandante y el oficial de artillería entraron en la *isba*, donde fueron recibidos por un grupo de chiquillos, sucios y andrajosos, sentados alrededor de una anciana que parecía ser su abuela.

Todo lo menester encontraron allí los fugitivos para saciar su hambre, apagar su sed y restablecer un poco el movimiento natural de la sangre.

El artillero creyó deber responder á la hospitalidad recibida dirigiendo algunas galantes frases á la joven, que ésta acogió con cierta extrañeza mezclada de desprecio.

Picóse, sin duda, el digno discípulo de Marte de semejante acogida, y arrojó sobre la mesa un puñado de monedas. Muchos eran ricos en aquel ejército, aunque de nada les servía el dinero en semejantes circunstancias.

La hebrea había hecho un movimiento para retirar las monedas y devolvérselas al militar, cuando asomó en el dintel de una puerta una figura de judío, sórdido y repulsivo, y exclamó:

—Trae eso acá, Susana, y que Dios les pague á esos valientes franceses su generoso proceder.

Brilló un relámpago en los ojos de la joven, herida en su orgullo, y bajando la cabeza dirigióse al aposento de donde había salido la voz.

En este momento oyóse un débil quejido en otro cuarto inmediato.

Montreuil, que así se llamaba el oficial, preguntó á la joven cuando volvió á salir:

—¿Qué hombre es ese que tenéis ahí?

—Es un herido, señor oficial,—repuso ella en tono ligeramente tembloroso.

—¿Un judío?

—No: un cristiano.

—Sea como fuere, disponed de nosotros si podemos hacer algo por él.

—Gracias: nada necesita.

—Feliz es.

—No envidiéis su suerte.

—¿Tan malo está?

—Muriéndose.

—¿Es francés?

—No.

—Luego ¿será ruso?

—No.

—Pues ¿de qué país es.

—No sé.

—¿Qué uniforme lleva?

—Encontrámosle casi desnudo.

—¿Joven?

—Sí.

—¿Qué misterio!

—No vale la pena de que os ocupéis tanto en esto. No hay misterio alguno. Es un herido y se le debe respetar.

—Nadie trata de ocasionarle la menor molestia. Pero es extraño como haya venido á parar aquí.

—La guerra tiene sus azares. Lo mismo os hubiera podido suceder á vos.

—Lástima que no me haya pasado, para tener el placer de verme asistido por tan bella enfermera.

Oyóse otra vez el gemido que salía del oscuro aposento, y otra vez corrió allí Susana.

Montreuil no pudo contener su curiosidad y se acercó de puntillas al cuartucho.

V

Sobre un montón de húmeda paja, y mal cubierto con algunas pieles de carnero, había un hombre en cuyo semblante se reflejaba hondo sufrimiento.

Relució en la oscuridad la dorada placa imperial que llevaba el oficial en su chacó, y el herido, como si hubiese recibido una conmoción eléctrica, exclamó en puro español:

—¡Miserables! ¡Miserables esbirros del emperador!

Volvióse Susana con violencia, y al encontrarse cara á cara con Montreuil exclamó:

—¡No os había dado derecho para espiar lo que pasa aquí!

El judío salió otra vez de su chiribitil y repuso:

—Susana, habla con más respeto á esos señores: han pagado bien y el otro no ha pagado nada.

La joven miró al hombre, haciendo una desdeñosa mueca, y contestó:

—Pagará también, señor y esposo mío.

Montreuil se dirigió entonces al repulsivo personaje y le preguntó:

—¿Por qué se toma tanto interés vuestra mujer por ese español?

—Dejadla: está loca, —contestó el judío.—Creyó reconocer en él la imagen de los individuos de su familia. Mi mujer se llama Susana Rodríguez y desciende de judíos españoles, que no han olvidado todavía la lengua de aquel país. Encontró herido á orillas del río á ese mozo, y reconoció en él á uno de los oficiales de España que Napoleón mandó incorporar al Grande Ejército, procedentes de los que no pudieron evadirse de Dinamarca con los otros. Trájoselo aquí, y ahí la tenéis creyendo que está curando á un hermanito.

Lo que el judío había dicho era verdad: el parecido entre Susana y el herido era sorprendente.

—¿Están ahí los franceses?—exclamó con voz apenas perceptible el paciente.

—Descuidad: son fugitivos, —contestó en castellano la joven.—Guardad silencio, empero.

—¡Miserables!—volvió á exclamar el herido.—Asesinaron á Pablo Mora para apoderarse del vino y el aceite con que debía curar á los heridos.

—Cuidad no os oigan, amigo mío.

—¡Infames! ¡Dejaron morir á sus hermanos de armas!

—¡Callad, por Dios!

—¡Un hombre como Pablo Mora, tan digno, tan generoso! Murió como un héroe disputando á aquellos desalmados los frascos que contenían los ingredientes del bálsamo.

—Vengado quedó, no obstante. Yo estaba en medio de la pelea. Una mujer, al lado de Mora, defendía con desesperación los codiciados frascos encerrados en la maleta del desventurado. Cayó herido á los golpes de sus contrarios, y entonces ella, convertida en nueva furia infernal, dió muerte, con las pistolas del muerto, con los fusiles cargados que encontró por tierra, y con la daga que arrancó del cinturón de un cosaco, á la mayor parte de los que habían matado á su esposo adorado. Más hizo aún: yo lo vi. Antes de huir dejó sobre el campo de batalla una botella muy grande de un líquido negruzco, semejante á vino azafranado. Muchos fueron los que bebieron del fatal licor, y todos cayeron sin vida. Después no pude ya saber qué se había hecho de ella. Hermosa era como una mañana de mayo; pero al trasfigurarse su rostro con el furor de la venganza asemejaba horrible furia.

—¡Pobre Helga!—contestó el herido.

—Vos, entonces, desnudando vuestro sable, os batisteis contra los cuatro franceses que habían podido librarse de la venganza de la terrible danesa, matasteis á dos, y, por fin, al caer casi degollado por las cuchilladas y golpes de los otros, me acerqué para libertaros. Temblaron á mi vista y huyeron amparados por una extraña mujer que apareció en el campo de batalla en compañía de un hombre que arrastraba una cadena. Yo, cubierta de sangre, debí de parecer horrible visión. Ella, la otra, en cambio, blanca como la nieve, con ojos de cielo y aire de diosa, asemejaba la imagen de la pureza y de la misericordia. Y, sin embargo, yo salvé á un hombre indefenso, noble, que vertía su sangre en aras de un deber de humanidad, mientras ella salvaba á dos miserables asesinos.

VI

Montreuil escuchaba desde fuera, sin comprender la lengua que hablaba la judía.

—Creo, compañero, que aquí estorbamos,—repuso en esto La Fanfare, que había oído la conversación y había comprendido parte de la misma.—Languinais nos estará esperando.

Montreuil, sombrío, respondió:

—No me quiero mover.

—¿Cómo que no? Según eso, tenéis ganas de que se planten aquí los cosacos á la hora menos pensada y nos hagan desandar el camino que hemos hecho desde Moscou.

—Interésame vivamente esa mujer.

—¡Uf! ¡Una judía! En fin, haced lo que queráis. Yo no puedo, en conciencia, dejar de proseguir mi camino, pues tengo que entregar á sus destinatarios las cartas que me he encontrado en los bolsillos de mi nuevo uniforme. Sólo os advierto que creo cometéis una grave imprudencia en no querer incorporaros cuanto antes al ejército.

—Esperad un instante, pues,—repuso Montreuil.

La judía estaba al lado del herido. El artillero entró bruscamente, y, poniéndole una mano sobre el hombro, exclamó:

—Sois mi prisionera. Seguidme.

El herido se había incorporado violentamente al ver entrar en el camaranchón al francés, y, poseído de una fuerza extraña, alargó su brazo hacia un

escabel que había al lado del montón de paja que le servía de lecho, sacó de allí una pistola y disparó.

Montreuil cayó sin vida.

Asombrado La Fanfare, penetró en el aposento, y se sintió horrorizado ante aquel lúgubre cuadro. Por su parte, el judío, la anciana y los muchachos, que estaban acurrucados en un rincón, corrieron todos, armándose la más espantosa gritería que fuese dable imaginar.

—¡Salid!— exclamó Susana dirigiéndose á La Fanfare.—Ese hombre fué uno de los que mataron á Mora y acababa ahora de insultarme.

—Bien muerto está. Yo lo he hecho,—repuso el herido.

La Fanfare, no repuesto de la emoción, vacilaba sobre lo que debía hacer.

—Permitidme,—contestó,—que, sin querer averiguar el derecho que tuvisteis en obrar de la manera que habéis obrado, me quede aquí hasta dar sepultura á mi infeliz amigo.

—Eso enhorabuena,—dijo la judía;—yo os ayudaré. Cogedlo por la cabeza y yo por las pies.

El pobre comandante y la mujer llevaron el cadáver á alguna distancia de la casa.

—La nieve le servirá de sepultura,—exclamó Susana.—Ved.

Y, arrodillándose sobre la helada capa que cubría el suelo, cubrió en breve el cadáver, que desapareció bajo un montón de témpanos.

—El lo quiso,—exclamó la judía.—Quería llevarme prisionera, y, de hacerlo, hubiérase muerto un herido á quien asisto.

—¿Y por qué se había de morir?

—Mi marido lo hubiera asesinado.

—¿Es celoso?

—No: es que ocasiona algunos gastos.

—¡Diablo! Merecería, pues, que á un hombre así, vos, que parecéis tan resuelta, le hicieseis entrar en razón.

—¡Vos qué sabéis!

—Verdad es: nada sé.

—¡Ea! Seguid ahora vuestro camino. Y si jamás os encontráis con algún amigo de Mora ó de Helga, su esposa, decidle que quedan bien vengados.

El buen La Fanfare parecía, sin embargo, hacer un poco el remolón.

—¿Os queréis quedar, pues?—repuso la joven.—

Sea como queráis; pero no os respondo de que no llegue una partida antes de media hora.

—Me voy, bella niña, me voy; pero conste que voy á extraviarme por esos pintorescos desiertos de blanca nieve.

—Imposible. Seguid siempre por la orilla arriba y llegaréis á un vado. Además, lleváis uniforme ruso.

—Sí, es verdad. Pero el caso es que no sé hablar ese melodioso idioma. ¡Ea, ánimo! Adiós... y gracias.

VII

El pobre comandante siguió la devastada y solitaria orilla, horrorizado por el espectáculo que acababa de presenciar, cuando de pronto creyó descubrir á alguna distancia la silueta de un hombre á caballo, inmóvil, sin embargo. Acercóse para ver si distinguía el uniforme y vió que era el de un general francés.

—¿Qué demonios hará aquí este hombre?—exclamó.—Vamos allá á ver qué le ocurre.

El fingido coronel ruso se encontró, al cabo de algunos minutos, cerca del general á caballo, que no dió muestra alguna de moverse.

—¡Extraño caso! Pero ¡calle! ¿No es acaso este el duque de Orthez? ¿De dónde diablos habrá salido? Yo le creía prisionero de los rusos. ¡Eh, general!

La Fanfare estaba ya junto al caballo. Cogió las manos del jinete, y pudo convencerse, con espanto, de que tenía delante dos seres helados.

—Pero ¿por dónde habrá venido á parar aquí este pobre duque?—exclamaba La Fanfare.

Entonces, como si hubiese querido alguien contestarle, oyóse lejano rumor, imposible de referir á causa determinada.

—¡Ea! Quedad con Dios, mi general,—repuso la Fanfare.—Hay, á lo que parece, *peril en la demeure*.

La Fanfare se dirigió de nuevo á la orilla del Vop; pero no había llegado todavía, cuando distinguió, en la cumbre de un montecillo cubierto enteramente de nieve, un piquete de caballería enemiga.

—¡Perdido soy!—exclamó el benemérito comandante.—¡Razón tuvo aquella extraña mujer al decir que no entrásemos en la casa del judío!

VIII

El destacamento estaba á unos cincuenta pasos del comandante, cuando éste vió que el jefe mandaba hacer alto y se dirigía solo hacia él.

A medida que avanzaba el jinete expresaba su fisonomía creciente sorpresa, hasta que por fin exclamó con no disimulada alegría, en puro francés:

—¡Monsieur de La Fanfare! ¡Vos por estas soledades y con tal uniforme!

Creyó soñar el buen La Fanfare al escuchar su nombre en labios de un jefe cosaco, y repuso:

—Confieso, caballero, que no acierto en este momento á recordar en qué ocasión he tenido el placer de veros, aunque estoy seguro de que nos hemos tratado mucho.

—¿No os acordáis ya de Miranda?

—¡Voto á tal! ¡El mismo! Pero ¿qué diablos hacéis aquí vestido de cosaco?

—Algo más que vos, disfrazado de coronel ruso, mi querido La Fanfare. ¡Vaya qué ocurrencia habéis tenido! Pero, en fin, ¿qué puedo hacer por vos? Ya sabéis que en todas partes soy el mismo y que me acuerdo muy mucho del digno gobernador de

la cárcel de Villa y del caballeroso jefe de Santa Olalla.

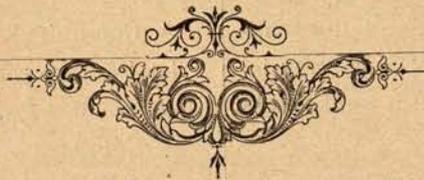
—Siendo así, y apreciándoos vuestros buenos recuerdos, os quedaría muy reconocido si me dejarais seguir mi camino, á fin de reunirme con mis pobres compañeros.

—Nada más fácil; pero como me temo que si dais con alguna otra partida no es probable que topéis con otro amigo como yo, creo sería lo mejor os facilitase una escolta hasta cerca los puertos de Orcha. Al llegar á Gusinoe despediréis á los soldados y trataréis de llegar como podáis hasta dichos puertos, donde encontraréis á los vuestros. ¿No tenéis ningún mapa?

—Sí, por cierto. Aquí traigo dos ó tres; pero no entiendo las letras.

—No es extraño. Tomad este, y así iréis más guiado. Recordadlo bien: de Gusinoe á Orcha. Enteraos bien por cualquiera de los innumerables franceses que encontraréis por el camino, heridos ó extraviados.

La Fanfare dió mil gracias á Miranda por sus buenos oficios y partió acompañado de varios lanceros, siguiendo siempre las orillas del cenagoso Vop.



CAPÍTULO VIII

Fascinación

I

ANDABAN silenciosamente aquellos hombres, cuyos tipos eran sumamente diversos. Conociase, en efecto, que procedían de muy distintas razas, ya que al lado de feroces fisonomías tártaras era fácil observar los rasgos peculiares de los andaluces y de los catalanes, y hasta uno había que realizaba el ideal de los rubios héroes escandinavos.

Era éste, que mandaba la fuerza, un joven de apuesta figura y desembarazado continente. Eran finas sus manos, pequeños sus pies, y mostraba en sus ojos extraña dureza que contrastaba con la corrección suave y dulce de su rostro. La Fanfare no pudo menos de extrañarse de que un joven al parecer tan delicado se diese á correr por aquellos temibles campos de batalla, cuyos horrores sobrepujaban á cuanto era posible imaginar, lo cual hacía que le mirase con insistencia.

—¿Me conocéis acaso, mi coronel?—exclamó de pronto en puro francés el oficial, dejando oír una voz de argentino timbre.

—¡Cuánto me alegro de tener con quien hablar, caballero, ya que veo que os explicáis perfectamente en mi incomparable lengua! Por lo demás, no tengo presente que antes de ahora haya tenido el placer de haberos visto nunca.

—Lo mismo os digo, mi coronel,—replicó con acento marcadamente irónico el oficial;—pero como

algunas veces hemos estado juntos el coronel Miranda y yo, creí no me hubieseis visto con él, ya que parece sois tan amigo suyo.

—¡Oh! ¡Mucho que sí! Somos amigos excelentes y probados.

—¿Desde esta campaña?

—¡Quiá! ¡Desde el año 8!

—¿Desde el año 8? ¿Estaba Miranda en Rusia entonces?

La Fanfare olvidaba lamentablemente que estaba convertido en coronel ruso.

—Es que... hice la guerra en España. Nada: por gusto.

—¿Con quién?

La Fanfare estuvo sublime.

—Pues con los míos.

—¿Cómo con los vuestros?

—Ya se ve que sí, según que estábamos en paz ó en guerra con Napoleón.

—Vamos: comprendo.

—De esta manera ha podido ser como yo conociese á Miranda en el año 8.

—¿Os gustó España, coronel?

—Mucho que sí, mi querido oficial. Excelente país, hermosísimas mujeres.

—¿Conque os fijasteis en sus mujeres?

—¿Quién no se fija en tales hembras? Sólo por

ellas merece que cualquiera se arriesgue á conquistar aquel edén.

—¿Y los hombres?

—En esa parte, permitidme que os sea franco, caballero oficial, no me fijé tanto.

—¿Estuvisteis en Barcelona?

—No, no estuve: casi nunca me moví de Andalucía.

—¿Conocisteis allí algún jefe español?

—A muchos conocí. Por ejemplo, al coronel Méndez.

—¿Un amigo del coronel Espinosa?

—Precisamente. Espinosa es ahora brigadier.

—Le conozco mucho.

La Fanfare creyó haber entendido mal y repuso:

—¿Vos conocéis al brigadier Espinosa?

—Os repito que sí, que le conozco mucho.

—Luego ¿habéis estado también en España?

—No, por desgracia.

—Pues ¿cómo puede ser eso?

—Nos conocimos en Dinamarca.

—¡En Dinamarca! De allí era una pobre mujer de la cual há poco he recibido noticias, aunque en bien terribles circunstancias.

—¿Una mujer? ¿Sabéis cómo se llamaba?

—Sí: Helga.

—¡Helga!

—Parece que os ha sorprendido ese nombre.

—¿Y qué decían?

—Decían, pues, que había perdido á su marido y que había dado muerte á varios de los matadores; pero no es eso lo más triste, sino que en mi presencia cayó muerto un desdichado oficial á quien una judía acusó de ser uno de ellos también.

—¿Un oficial de ingenieros?

—No: de artillería.

—¡Ah! ¿Y cómo le conoció esa judía?

—Por un herido amigo del muerto, que tiene recogido en su casa.

—¡Cuánto os agradezco esas noticias, buen amigo! ¿Dónde está esa casa?

—No está lejos. Mirad: detrás de aquel montecillo, casi tocando al río.

—¿Y del oficial de ingenieros nada sabéis?

—No sé dónde habrá ido á parar. Marchó juntamente con un amigo muy íntimo de Miranda, con el bravo capitán Lanjuinais, gravemente herido.

—Quizás podremos encontrarles.

—Tanto mejor para ellos, pues no es fácil toparse con más amable oficial que vos. ¿Cómo os llamáis?

—Por ahora Hermann Ivanitch, coronel.

Tres días anduvieron nuestros viajeros en medio de un deshecho temporal de nieve. La llanura inmensa, blanca, por donde transitaban no ofrecía á la vista el menor objeto que se elevase sobre la monótona planicie, ni un árbol, ni una casa. La espesa nevada que caía impedía ver el cielo. Una claridad gris, oscura, si podemos decirlo así, guiábales por aquellas soledades. Al fin, cuando iba acabando el día tercero, llegaron hasta ellos, distintos y acompasados, los ecos de las campanas de Gussinow.

Ya era hora, pues se habían agotado los víveres por completo.

—Vaya, que estamos cerca,—dijo el oficial á La Fanfare.—Desde aquí se distingue ya el incendio de la villa.

II

Así era, en efecto: al través de la nieve divisábase una columna de negruzco humo, llegando á la vez hasta ellos las acres emanaciones de la quema.

—¡Aviados estamos!—pensó para sí La Fanfare.—¡Buen hospedaje se nos espera en esas ruinas!

Algunas casas, sin embargo, especialmente las situadas á extramuros, se habían libertado de la tea incendiaria de los franceses. Los cosacos emprendieron la marcha hacia una de ellas, de lóbrego aspecto, casi con más aire de cárcel que de morada de un particular.

La puerta estaba abierta de par en par y la casa abandonada, al parecer.

Desmontaron todos los jinetes y dejaron los caballos en un establo. Luego se echaron á buscar por los bajos y dieron con alguna cantidad de harina de avena, de la cual se aprovecharon lo mejor que pudieron. Aquello fué el único alimento que pudieron utilizar. En punto á bebidas, no encontraron la menor huella de que se hubiese probado allí jamás otra cosa que agua.

El oficial se acomodó entre los soldados sobre la paja con que éstos habían cubierto el suelo alrededor de una hoguera, y La Fanfare, olvidado de sus in-

signias de coronel, hizo lo mismo. Al cabo de una hora dormía todo el mundo, menos el centinela colocado á la puerta.

Había cesado de nevar, desatándose en cambio un huracanado viento, tan frío que cortaba la piel. Oíasele silbar espantosamente, derribando aleros y chimeneas y serpenteando por todas las rendijas y aberturas.

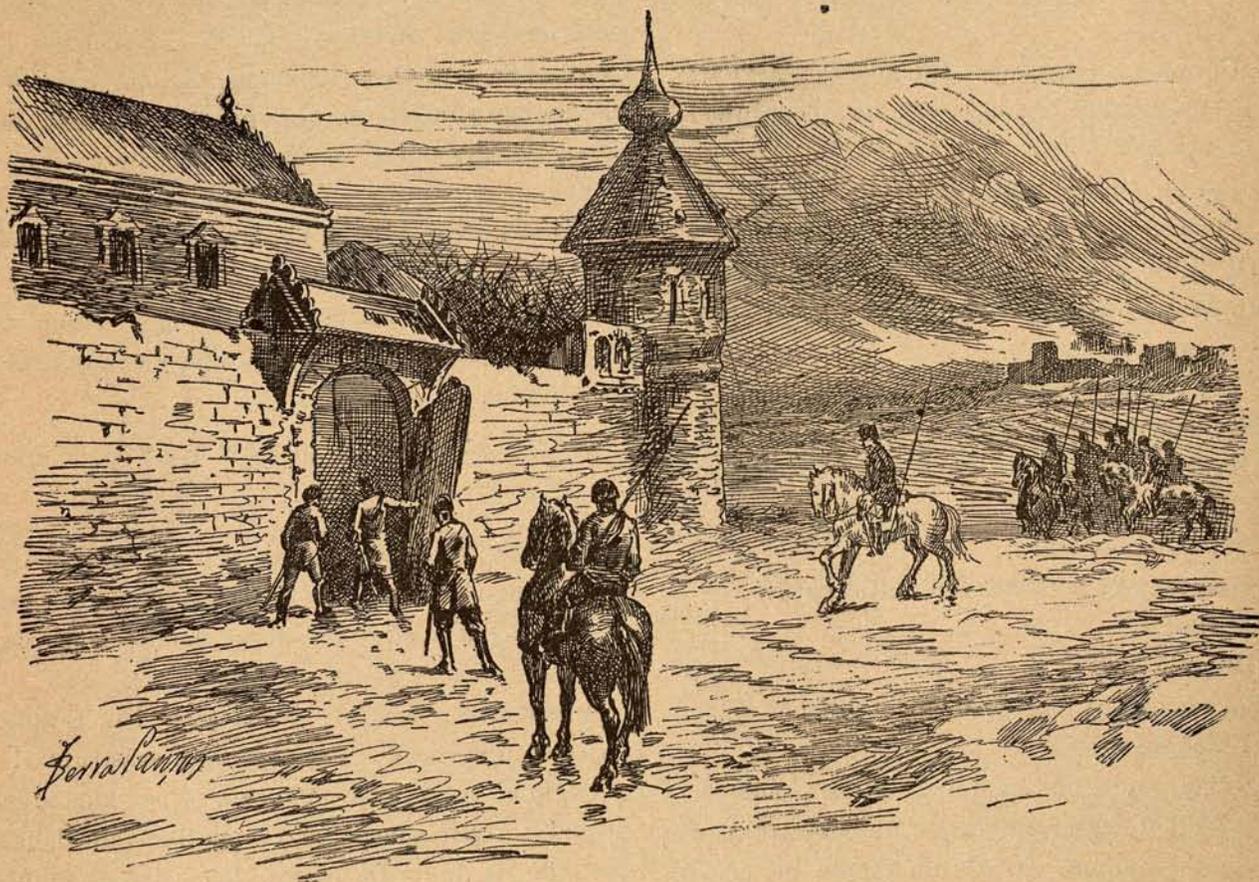
De pronto se dejó oír un extraño ruido, áspero y

metálico, como si fuese el de una cadena que arrastrase por el suelo.

El centinela fué á avisar al oficial. Éste despertó y prestó profunda atención al rumor.

Era evidente que se oían pasos en el piso de arriba y que había alguien que golpeaba el pavimento y arrastraba pesados hierros.

Así trascurrieron algunos minutos sin que el rumor cesase.



...con más aire de cárcel que de una morada de un particular

Luego se oyó un concierto de voces, entre las cuales despuntaba la de una mujer. Era un canto religioso que resonaba extrañamente, acompañado por los furiosos silbidos del viento.

El canto interrumpió el sueño de La Fanfare, que se creyó trasportado á alguna iglesia rusa donde hiciera el gasto la música de la capilla imperial.

Sus instintos filarmónicos triunfaron de todo otro pensamiento, y, acercándose al oído de su acompañante, exclamó:

—¡Esa mujer canta como un ángel!

Hermann, empero, no parecía participar del

embeleso que embargaba los sentidos del digno melómano, según se veía contraída y fosca su mirada.

Púsose en pie, amartilló las dos pistolas que llevaba al cinto, y exclamó en tono breve y bajo:

—Nadie me siga. Sólo en caso de que os llame acudiréis.

Y al acabar de decir esto puso el pie en la empinada escalera que conducía á las habitaciones altas. El resplandor del incendio de la ciudad alumbraba su camino, iluminando con rojo fulgor el interior de la casa, cuyas ventanas había derribado el vendaval.

III

El oficial se detuvo en el primer piso. No había puerta alguna, y así pudo penetrar sin obstáculo. La oscuridad era allí profunda, por no haber en la pieza ninguna clase de abertura. Un débil resplandor que salía de un apartado aposento le sirvió de guía para internarse. De allí era donde partían los cantos.

Tres eran las voces: una de mujer, otra de hombre, joven al parecer, y otra de viejo, cascada y áspera.

Poco le faltaba á Hermann Ivanitch para encontrarse junto al aposento, cuando cesaron de súbito los cantos, escuchándose de nuevo el ruido de la cadena y de unos pasos como saltos, mezclado con estridentes risotadas y feroces aullidos.

El oficial dinamarqués se ocultó tras de un cortinaje de la antesala al notar que iban á salir los singulares huéspedes de aquella casa.

Extrañísima fué entonces la escena que se le ofreció. Una mujer alta, de escultural presencia, y un oficial francés, del arma de ingenieros, un *voltigeur*, llevaban en brazos á una especie de figura humana, presa de horrible convulsión epiléptica y arrasando en pos de sí larga y pesada cadena.

Impotentes, al fin, para dominarle, dejáronle en el suelo. El oficial francés entró de nuevo en el cuarto de donde acababan de salir, y volvió al punto con una antorcha. El viejo se revolcaba, entretanto, en el suelo, echando espumarajos por su boca y retorciéndose con terribles convulsiones.

El acceso duró cerca de un cuarto de hora. Así que hubo cesado, la mujer y el oficial salieron, dejando solo al viejo.

La antorcha había quedado allí también, alumbrando al epiléptico.

Hermann Ivanitch fué tras de los dos jóvenes, en medio de la mayor oscuridad.

IV

Era evidente que los dos extraños personajes conocían perfectamente el terreno que pisaban, según la facilidad con que andaban á oscuras por entre los corredores y aposentos por donde atravesaban. Seguiales, sin embargo, con no menor presteza,

Hermann Ivanitch, silencioso como una sombra.

Así llegaron al pie de una escalera que conducía al segundo piso. Con sorpresa de Hermann, subió solo el oficial, volviéndose la mujer.

Dudó por un momento el audaz aventurero acerca de qué partido iba á tomar, hasta que en breve se decidió á seguir al oficial antes que á la mujer.

Pasaron minutos y más minutos, un cuarto de hora, media hora.

Á la luz del incendio pudo distinguir Hermann Ivanitch á un oficial de ingenieros francés, en actitud como dormida, cerrados los ojos, apoyado contra la pared, frente á la puerta.

Oyóse luego ruido de pasos.

El incendio se aproximaba y el aposento aparecía de cada vez más iluminado.

La mujer subió las escaleras pausadamente.

Iba envuelta en un caftán negro y cubría su cabeza un gorro de pieles.

Por fin destacóse su figura en el umbral de la puerta.

Hermann Ivanitch se había retirado á lo alto de la escalera, envuelto en la sombra. Desde allí podía ver sin ser visto, dominando el aposento que tenía enfrente.

La mujer era quizás hermosa, quizás fea, pues no podía distinguirse por cubrirle la mayor parte del rostro la opulenta cabellera rubia, deshecha en enmarañados rizos, que salían por debajo de la gorra.

Sólo era posible asegurar que era admirablemente formada.

Oyóse un ronco gemido, acompañado de palabras incomprensibles que murmuraba el oficial francés.

La mujer penetró lentamente en el cuarto, dando, ora algunos pasos hacia adelante, ora volviendo atrás, silenciosa siempre.

El oficial, como fascinado por la presencia de la mujer, abrió los ojos y miró.

La mujer estaba delante de él, casi tocándole.

El francés permanecía inmóvil.

Retiróse luego hasta la puerta la extraña aparición, y quedó allí como clavada.

Luego, como si le faltaran fuerzas, cayó desvanecida, lanzando un agudo grito.

El oficial francés, como si viera alguna figura ante sus ojos, exclamó:

—¡Helga! ¡Helga!

Estremeci6se Hermann Ivanitch al oír aquel nombre, y lanz6se hacia el aposento, saltando por encima del cuerpo de la fascinadora, atravesada en el dintel.

—¡Yo soy Helga!—gritó con terrible acento.—¿Qué me quieres tú, francés?

V

El aposento, desnudo enteramente de muebles, estaba, en cambio, alumbrado como por infernal resplandor.

El oficial de ingenieros cay6 de rodillas al ver ante sí la amenazadora figura de la danesa, vestida con el traje de los cosacos del Don.

Luego lanz6 una siniestra carcajada y cay6 al suelo acometido de un ataque igual al que habíado al hombre de la cadena.

La mujer que iba con él volvi6 en sí entonces, y qued6 sorprendida al distinguir aquel inesperado testigo.

—¿Quién sois?—exclam6.

—Una vÍctima que ha de vengarse de ese hombre,—repuso Helga;—de ese hombre que mat6 á mi marido y quiso deshonrarme á mí.

—Nada tenéis que ver ya con él,—exclam6 la aparici6n.—Su alma no es la misma que era antes y se ha redimido ya de todos sus pecados. ¡Gloria á Dios por ello!

Helga pareci6 no comprender aquel lenguaje y replic6:

—Los infames siempre son infames, y los asesinos-asesinos siempre.

—El capitán Guyon no es lo uno ni lo otro. Dimitri Demianitch lo ha convertido á la fe del verdadero Dios, librándole de caer en poder de Satanás.

—Sin embargo, no le ha librado de caer en poder mío.

—Y ¿qué poder es el vuestro, desventurada?

—Pronto vais á verlo. Pero antes necesito ver una vez á ese Guyon por quien tanto habéis hecho.

—¡Oh, no! ¡No volveréis á verle! Si sois Helga la danesa, hartas veces os ha visto ya.

—¿Á mí? ¿Desde cuándo, si no es desde la infausta noche en que el ejército francés qued6 detenido á orillas del Vop?

—Desde hace un momento. Tengo yo poder para evocar vuestra imagen siempre que quiero. Así es que Guyon, que estÁ enamorado de vos desde que

os vi6, exige de mí incesantemente que evoque vuestra imagen ante sus ojos.

—¿Ese poder tenéis?

—No dudéis de ello. ¿Á quién queréis que os haga ver sino?

—¡Mirad que voy á ponerlos á prueba y que soy dueña de acabar con vos si así se me antoja!

—Tengo por obligaci6n practicar la humildad, y no contestaré á vuestras amenazas. Sabed, empero, que me basta querer para que así sea.

—Parece que me provocáis.

—No os provoco, antes bien quiero daros el espectáculo de que veáis aparecer ahora á vuestro esposo. Miradme y pensad en él.

Helga, pues ella era, en efecto, el pretendido Hermann Ivanitch, sintióse poseída de indecible malestar ante la poderosa fijeza con que la desconocida clavaba en ella sus ojos.

VI

A este punto el oficial pareci6 volver en sí y exclam6:

—¡Kolia! ¡Kolia! ¡Quiero ver á Helga otra vez, otra vez!

Guyon no habíado reparado que Helga estaba allí bien presente.

La joven sufría la fascinadora acci6n de Kolia, quedando como aletargada. Sus párpados se habíado cerrado pesadamente y su respiraci6n era fatigosa.

Kolia di6 algunos pasos atrás, acerc6se de nuevo, volvi6 á retroceder y se balance6 como tambaleando en el dintel.

Helga di6 un grito.

—¡Pablo! ¡Pablo mío!—exclam6 luego.—¡Ven, ven!

Guyon sintió correr un sudor frío por su cuerpo al oír aquella voz.

Levant6se trémulo y vacilante y mir6 á Helga.

—¡Tú! ¡Helga! ¿Conque no eres fantástica visi6n? ¡Helga!

—¡Aparta, aparta, no le hables!—gritó Kolia con desesperado acento.

Helga habíado despertado, en efecto, del sueño magnético y miraba con extrañeza á Guyon.

—¿D6nde estÁ Pablo?—exclam6.—¡Dimelo! ¡Tú lo sabes! ¿Qué has hecho de él? ¡Tú, tú lo mataste!

—No, no lo mat6, Helga.

—Tú y otros.

—¡Te juro que no! ¡Que yo no...

—Sí: ¡tú fuiste el que se atrevió conmigo!

—¡Compadécete de mí! No lo hubiera hecho á no haberte amado tanto.

—¿Tú?

—¡Sí! Mátame ahora y moriré contento.

Kolia había desaparecido entretanto.

Helga y Guyon permanecieron silenciosos, hasta que oyeron fuera de la casa la bronca y cascada voz de Dimitri, que gritaba:

—¡Malditos sean los perjuros á la fe del Señor!

¡Anatema! ¡Anatema! ¡Anatema!

Los ecos de aquellas palabras repercutieron en el silencio de la noche.

Helga y Guyon seguían caídos y se miraban.

VII

Había cesado el viento y volvía á caer la nieve en abundancia.

Amanecía, si es que tal puede llamarse la aparición de una débil claridad, distinta apenas de la lobreguez de la noche.

Oyóse de pronto un prolongado ruido como de descargas de fusilería.

—¿Qué será?—exclamó alarmado Guyon.—Deben ser los nuestros.

Eran los franceses, en efecto, según reconoció por el redoble de los tambores, que entraban en la villa batiendo marcha.

Los cosacos habían subido precipitadamente hacia lo alto de la casa, buscando á su jefe.

—¡Hermann Ivanitch,—exclamó uno de ellos,—los franceses están aquí!

—Yo os salvaré á todos,—repuso Guyon.—Nadie osará entrar en esta casa. Permaneced todos aquí en silencio y no os mováis hasta que yo os avise.

Guyon bajó la escalera y se encontró en el zaguán, topándose allí con el comandante La Fanfare, que al oír el conocido redoblar de los tambores franceses se disponía á salir.

—Comandante,—exclamó Guyon,—un momento: saldremos juntos.

—¿Vos en esta casa, capitán?—contestó asombrado La Fanfare.—¿Luego están también aquí el loco aquel que está siempre echando bendiciones y ana-

temas y aquella especie de bruja que le acompaña? ¿Y Lanjuinais?

—Lanjuinais está arriba, pero los otros se han marchado ya. Prudencia. No hay que hablar de nada respecto á los cosacos que os han acompañado.

—No tengáis cuidado. Le estoy muy agradecido á ese excelente joven que manda la escolta: es un apreciable oficial.

Los dos amigos salieron á la calle, causando poca sorpresa á la columna, que entraba en el pueblo completamente destrozada.

Era el cuerpo de ejército de Miguel Ney, que acababa de librar un terrible combate para abrirse paso.

Había quedado muy á retaguardia, y los rusos lo tenían cercado para impedir su reunión al grueso del ejército que marchaba delante. Aquellos heroicos soldados habían andado 20 leguas en dos días.

Guyon y La Fanfare manifestaron que estaba allí también Lanjuinais, al cual fueron á buscar para ser transportado á los hospitales de Orcha. Luego que la columna se disponía á ponerse otra vez en marcha, volvió el oficial al solitario caserón para dar aviso á Helga y á los soldados de lo que pasaba.

VIII

—Vengo á entregarme á vuestra disposición,—exclamó el joven,—y á constituirme voluntariamente en prisionero.

—No tengo fuerzas para vengarme más,—repuso Helga.—Sólo deseo salir cuanto antes de aquí por las horribles emociones que he experimentado bajo este techo. ¡Oh, qué extraña mujer!

—Permitidme que os dé breve cuenta del motivo por qué me habéis visto en su compañía.

—Hablad.

—Después de la espantosa escena en que murió vuestro desgraciado esposo, y en la cual podéis creer, pues os lo juro, que tomé parte defendiéndole contra los demás...

—¿Vos le defendisteis?

—Os repito que esta es la verdad.

—Seguid.

—Luego que hubieron sucumbido casi todos á los disparos de vuestras pistolas y á los golpes de vuestro puñal y los del militar español que os acompañaba, nos encontramos algunos extraviados con una

botella dejada al azar sobre la nieve. Arrojámonos todos para ser los primeros en cogerla, y, después de larga porfía, yo fui quien tuvo la fatalidad de conquistarla. Apenas había probado un sorbo del licor que contenía, sentí una gran pesadez en mi cabeza, apoderóse de mí invencible sueño, y caí en tierra sin ánimo para poderme tener en pie. Al día siguiente desperté cual si saliera de una horrible pesadilla; pero pronto vi confirmada la terrible realidad contemplando á la mayor parte de mis compañeros convertidos en fríos cadáveres. Sólo Montreuil y yo pudimos escapar con vida.

Volví la vista á mi alrededor y vi como una mujer, judía al parecer, se llevaba en hombros al oficial que había peleado á vuestro lado. No reparó en nosotros sin duda. Al poco rato llamónos la atención la aparición de un miserable viejo, cubierto de andrajos, acompañado de una joven de peregrina belleza. Iban recorriendo las márgenes del río, predicando en una lengua mezcla de francés y ruso el arrepentimiento y la penitencia. Montreuil se les echó á reír, pero no yo, que, llevado de irresistible impulso, exclamé: «—¡Perdón para mí! ¡Perdón!» «—¿Qué culpas tenéis vos sobre la conciencia?» preguntóme aquella mujer. Entonces le confesé que, cegado por mi pasión, había querido arrebataros del lado del cadáver de vuestro esposo, llevándoos conmigo. «—Seguidme,—contestó;—yo tengo poder para haceros ver á vuestra amada siempre que queráis.» «—¿Vos?—repliqué.—¿Vos podéis hacer que yo vea á Helga siempre que yo quiera?» Afirmóse ella en lo dicho, y ante sus resueltas afirmaciones roguéle que al punto me diera la prueba de lo dicho. Clavó en mí sus ojos, sentí que se trastornaba mi cabeza, caí en una especie de estupor, y, tras de algunas imágenes confusas que surgieron de no sé dónde (fuera de mí, delante de mí), aparecióseme vuestra imagen adorada. No fué menester más: seguía humildemente, prestándome á todas sus exigencias, haciéndole coro en sus oraciones, hasta que un día, sorprendidos por horrible tempestad de nieve, nos extraviámos.

Una noche nos hallábamos una multitud de errantes extranjeros calentándonos en torno de una hoguera, cuando el bravo capitán Lanjuinais, herido, dió la señal de que le siguieran los franceses que allí hubiese. Yo era uno de ellos; pero, con sorpresa inmensa, levantóse también Kolia, que había llegado no sé cómo ni de dónde. Ella fué la protectora, la que ver-

daderamente salvó la vida de Lanjuinais. Luego tropezamos con la judía que se había llevado á vuestro amigo. Kolia no quiso refugiarse en la *isba* de aquella aborrecida gente y seguimos nuestro camino con Lanjuinais. Los otros dos se quedaron allí. Montreuil murió á manos del oficial herido, y La Fanfare, después de mil vicisitudes, tuvo la suerte de topar con Miranda, vuestro antiguo amigo, debiendo á éste su salvación. Ahora ya lo sabéis todo y disponed de mí.

IX

Helga había escuchado atentamente la relación del joven capitán.

Gruesas lágrimas corrieron de sus ojos al terminar, pensando en su adorado Pablo.

Guyon, altivo en medio de su perfecta circunspección, no quiso interrumpir aquel dolor.

No obstante, urgía el tiempo y había que tomar cuanto antes un partido.

Helga pareció volver en sí, miró á Guyon, y exclamó en tono resuelto:

—Idos. Os perdono.

Palideció el joven al oír estas palabras y repuso:

—Siempre acataré vuestras órdenes; pero antes de partir he de deciros que jamás os olvidaré, que os amaré eternamente, y que habréis sido la única mujer que yo habré amado.

Y, sin esperar á que Helga contestara, lanzóse fuera del aposento, reuniéndose al poco rato con Ney, que se dirigía á Krasnoe.

X

Los lanceros del Don montaron á caballo y se dispusieron á regresar al castillo de Aurora, de donde procedían.

Así pasaron tres largos días.

Helga deseaba llegar cuanto antes á la *isba* de que le había hablado Guyon, donde debía encontrarse el oficial español herido. Sabía su situación por lo que le había indicado La Fanfare, y, así, no se equivocó al llamar en dicha casa.

Abrióle la puerta el judío, que se deshizo en serviles cortesías al verse en presencia del gallardo jinete.

—Conducidme al cuarto de vuestro huésped,—ex-

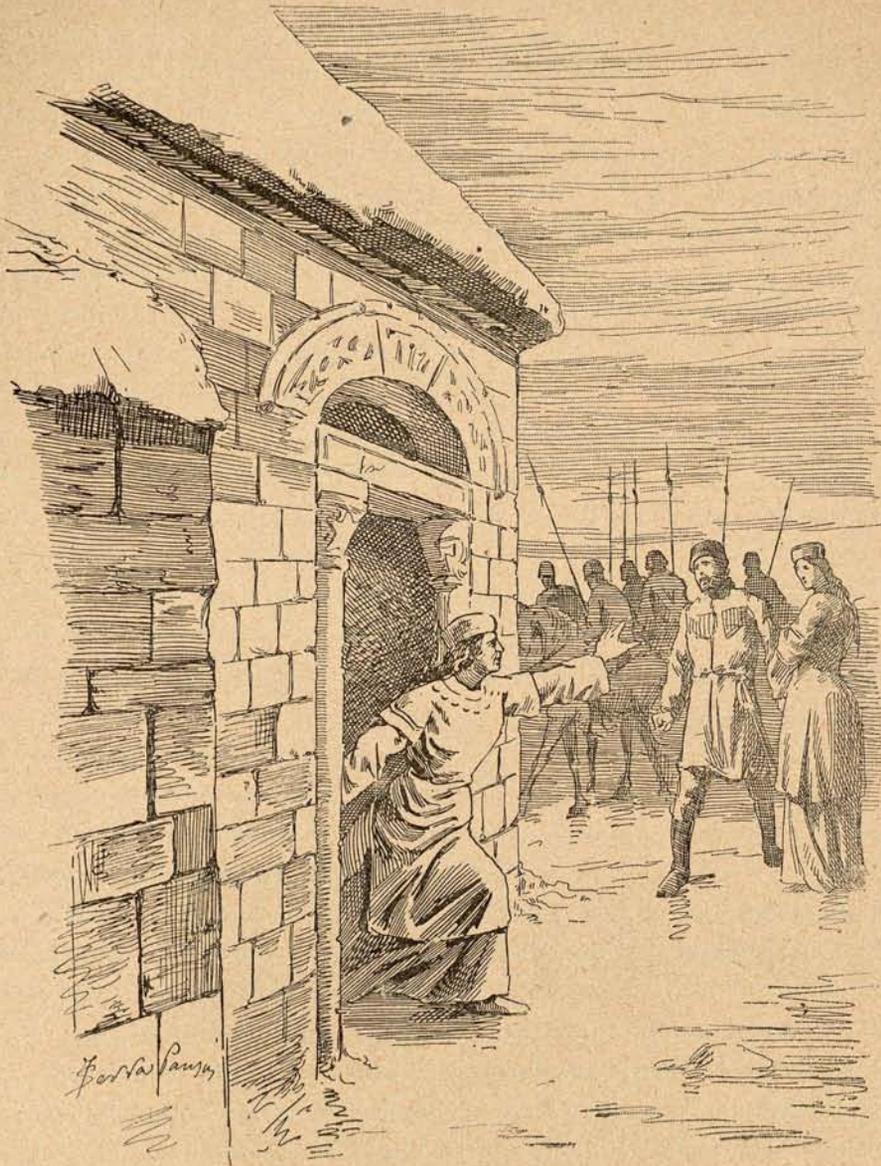
clamó Helga, sin reparar en el profundo silencio que reinaba en la casita.

—¿De qué huésped habláis, caballero oficial?—
repuso el israelita.

—Del herido que tenéis aquí.

—Aquí no hay herido alguno, ni más habitantes que yo, mi anciana madre y mis hijos, que están ahora junto al río tratando de recoger alguna leña.

—¿Cómo es eso? ¿Desde cuándo no tenéis aquí á vuestra esposa?



—¡Os oponéis á la voluntad del cielo!

—¿Mi esposa?

—Sí.

—No sé.

—Hablad, y cuidad que os va la vida en lo que contestéis.

—Pues...

—¡Decid!

—No están aquí ni mi esposa ni ese herido de que hablabais.

—¿Dónde están, pues?

—Eso os lo dirá Dimitri Demianitch

—¿Ese loco á quien acompaña una mujer?

—Precisamente.

—¡Villano! ¿Y cómo dejasteis que os arrebataran á vuestra mujer y á ese herido que estaba confiado á vuestra hospitalidad?

—Yo no sé cómo fué. Estuvieron aquí y se los llevaron.

—¿Cuándo fué eso?

—Ayer.

—¡Qué desgracia! Pero ¿cómo pudisteis entregar vuestra esposa y vuestro huésped á un viejo loco y á una débil mujer?

—Nada de eso, caballero: iban una porción de *inocentes*.

—¿De *inocentes*?

—Sí: forman una secta. ¿No sabéis que Kolia es la *Virgen madre*?

—No lo sabía, ciertamente.

—Creo no os será difícil encontrarlos, sin embargo. Quizás estén en Smolensko.

—¡Mirad que si vuestra indicación es falsa lo vais á pagar muy caro!

—Pues bien: os aseguro, caballero oficial, que están en Smolensko.

—¿Cómo lo sabéis?

—Porque allí reside de ordinario Kolia, y dijo que quería volverse á su casa.

—Bien está, judío. Pero ten presente que si me has engañado...

—No os he engañado, mi joven oficial; no os he engañado.

Helga no quiso oír más y dió orden á su gente de dirigirse á la carretera de Smolensko.

XI

A la siguiente jornada Helga dió con los que buscaba, encontrándolos en una capilla abandonada de los alrededores de la ciudad.

La fanatizada Kolia llevaba á la judía fuertemente atada, acusándola de hechicería, por considerar imposible que un oficial español, y por ende cristiano, se hubiese resignado á aceptar los cuidados de una despreciable hija de Israel.

El herido, en cambio, parecía muy contento, por su parte, de los cuidados de Susana.

Helga sintió que no tenía razón alguna en interrumpir aquella dulce correspondencia y se limitó á mandar que acto seguido soltase Kolia á los que se había llevado de la *isba* contra su voluntad.

Kolia fijó en el bizarro jinete su profunda y trastornada mirada y exclamó:

—No sois hombre, sino mujer.

El oficial, que era un valiente capitán del regimiento de Asturias llamado Rodríguez, miró entonces á Helga y repuso:

—¡Oh, sí! Vos sois la viuda de Pablo Mora. ¡Gracias, señora, ya que os deberé mi libertad!

Iban á ponerse en camino los rescatados prisioneros juntamente con la escolta que mandaba Helga, cuando Kolia, apareciendo en el dintel de la capilla y sosteniendo al decrepito *inocente* de quien era humilde sierva, exclamó:

—¡Os oponéis á la voluntad del cielo! ¡La judía y ese cristiano se aman, y Dios no puede consentir tal crimen, como tampoco que vos améis al capitán francés! ¡Todos sois lo mismo; pero la justicia divina caerá sobre todos vosotros! ¡Id, huid de mí; pero yo haré que jamás podáis conciliar el sueño sin que lo turben horribles visiones! ¡Tú, ingrata viuda, verás sin cesar ante ti la sangrienta imagen de tu esposo asesinado! ¡Tú, miserable español, la sombra del judío; del judío que se casó con esa mujer para encubrir su deshonor! ¡Y tú, judía maldita, verás de continuo el espectro del que tu marido asesinó para que en pago quisieras casarte con él! ¡Id, id, malditos!

Todos bajaron la cabeza ante las imprecaciones de la visionaria, y al cabo de algunos minutos oían cómo la cadena del loco iba rebotando de peña en peña, alejándose en dirección á Smolensko.

